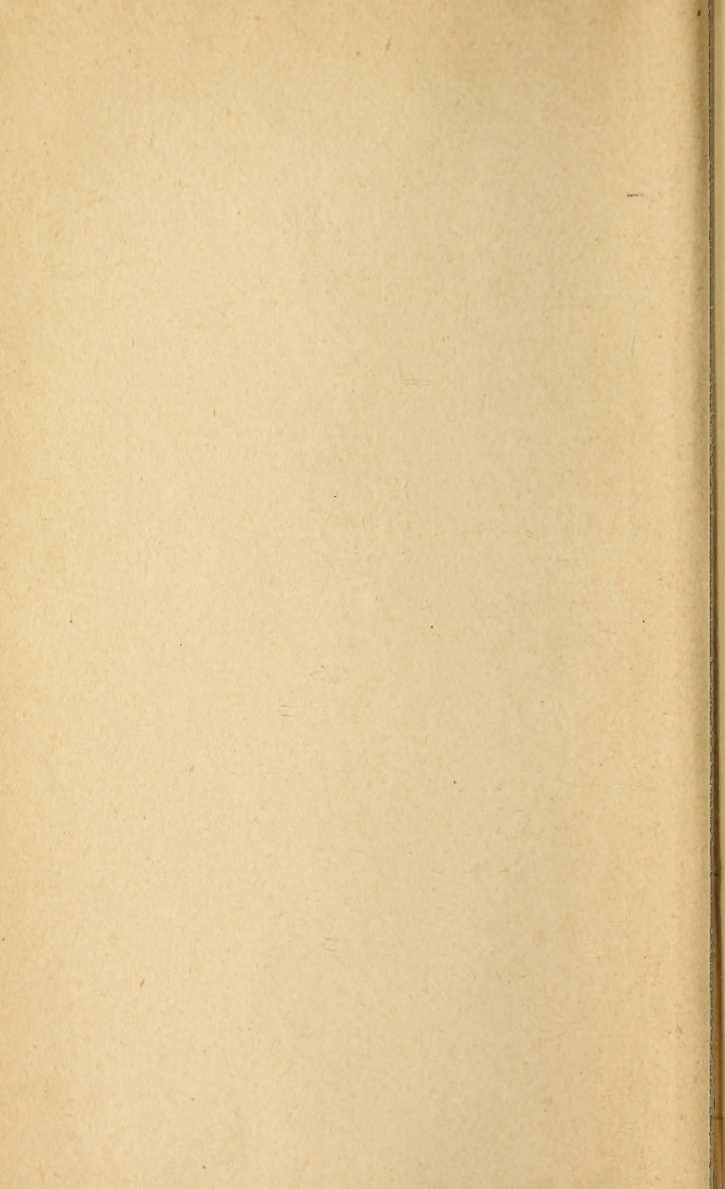




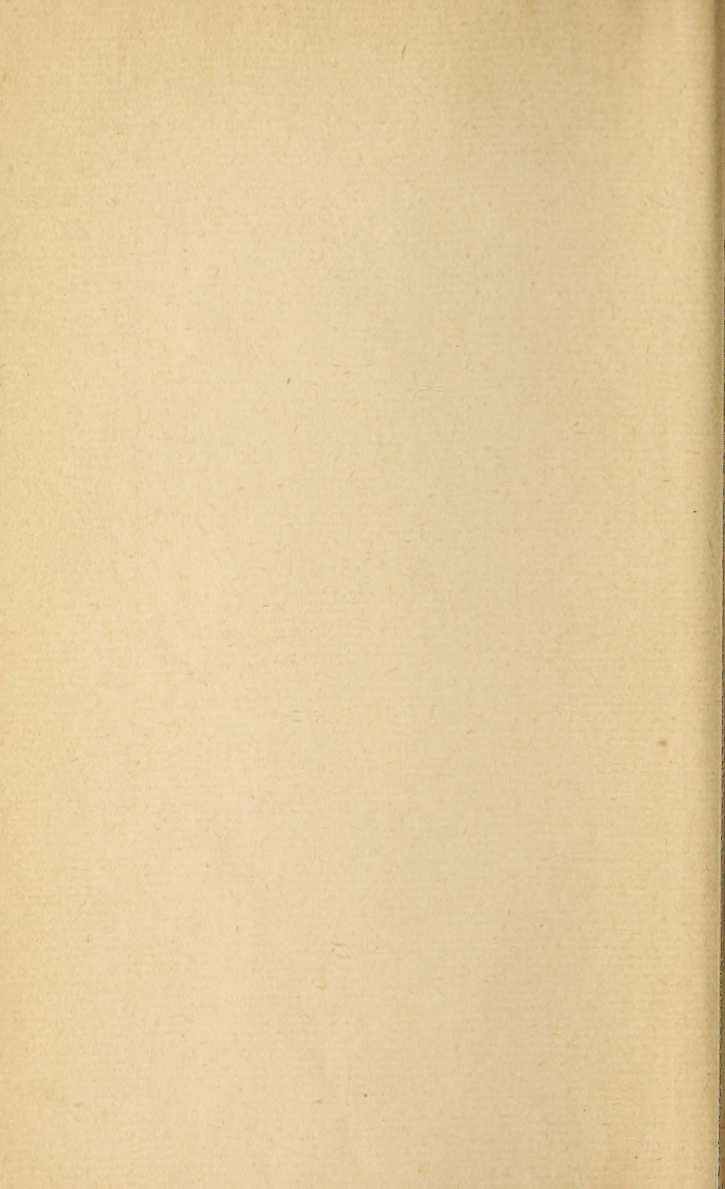
3 1761 09373092 7



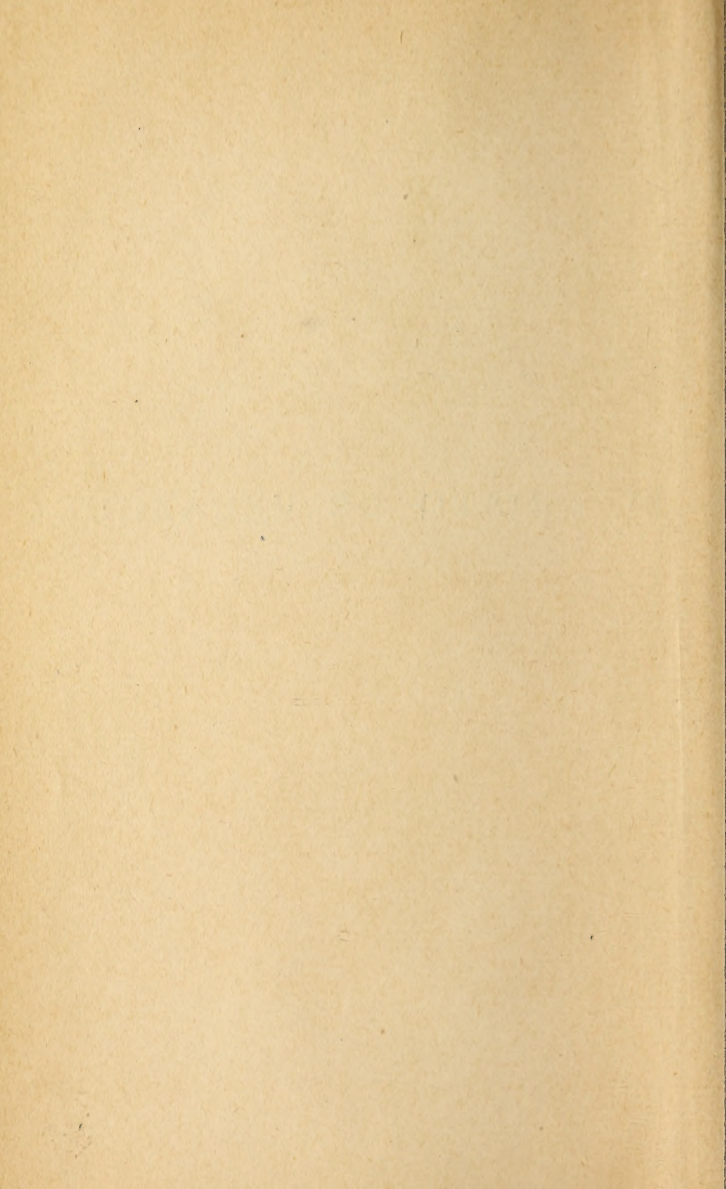








EL CRISTO DE VELÁZQUEZ





542.07

MIGUEL DE UNAMUNO  
EL CRISTO  
DE  
VELAZQUEZ  
POEMA

καὶ ὁ κύριος τῶν ὠρατῶν  
S<sup>a</sup> PABLO-I CORINTIOS VI-13

Año



1920

212948  
4. 6. 27

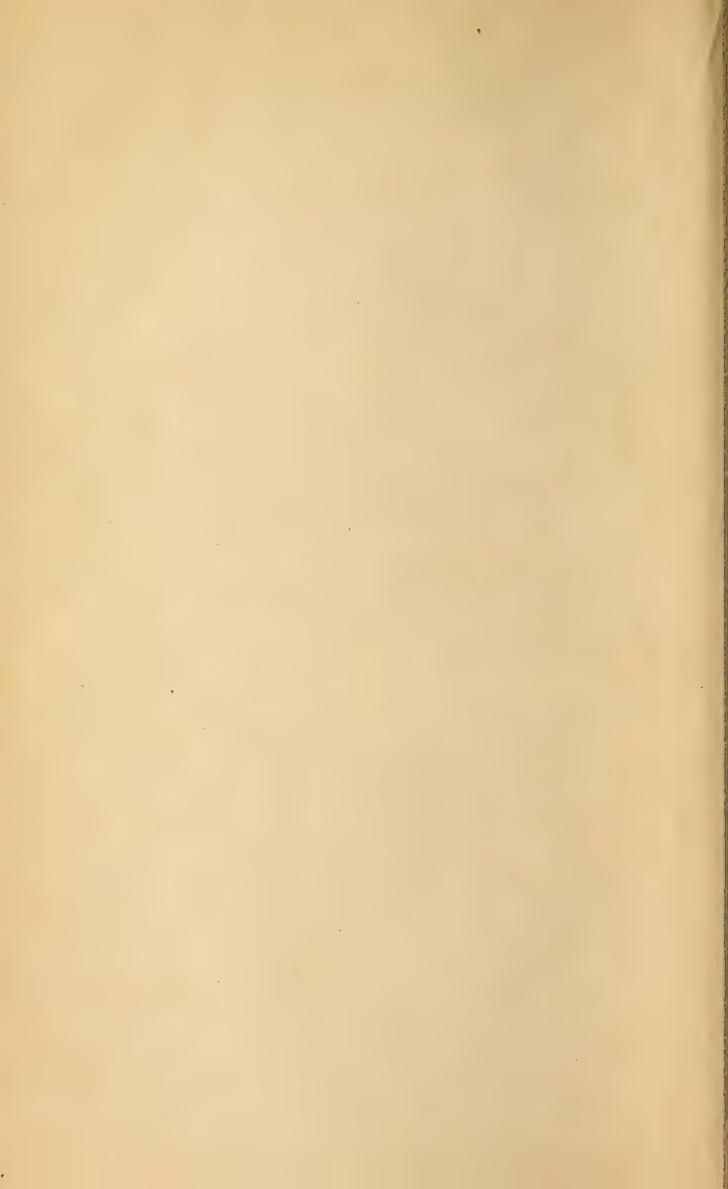
CALPE ~ LOS ~ POETAS



ES PROPIEDAD

COPYRIGHT BY CALPE, 1920

PRIMERA PARTE





Juan, XIV,  
19



o me verá dentro de poco el mundo,  
mas sí vosotros me veréis, pues vivo  
y viviréis» - dijiste; y ve: te prenden

los ojos de la fe en lo más recóndito  
del alma, y por virtud del arte en forma  
te creamos visible. Vara mágica  
nos fué el pincel de Don Diego Rodríguez  
de Silva Velázquez. Por ella en carne  
te vemos hoy. Eres el Hombre eterno  
que nos hace hombres nuevos. Es tu muerte  
parto. Volaste al cielo a que viniera,  
consolador, a nos el Santo Espíritu,  
ánimo de tu grey, que obra en el arte  
y tu visión nos trajo. Aquí encarnada  
en este verbo silencioso y blanco

Juan, XVI, 7

# *Miguel de Unamuno*

que habla con líneas y colores, dice  
su fe mi pueblo trágico. Es el auto  
sacramental supremo, el que nos pone  
sobre la muerte bien de cara a Dios.

## II

VIENTO que del abismo de la altura  
por entre hermanos que ya fueron sopla  
la sobrehaz del alma nos sacude,  
y en el trémulo espejo retratado  
también el mundo tiembla. Representannos  
cual de azogado en contorsión tu imagen  
los que temblando ante la muerte vieron  
al Juez en Ti; mas este hombre asentado,  
regio aposentador Don Diego, intrépido,  
de corazón al paso de andadura  
por la común rodiera de Castilla,  
Te vió como si a Apolo, con el alma  
sólo atenta mirando a abastecerse

# *El Cristo de Velázquez*

con la clara visión : que es la del arte  
la escuela de la eterna endiosadora.

Porque te vió con fe que se saciaba  
de ver no más, el alma bien contenta  
con ser gota que espeja el universo.

Luc., X, 23-24

Dichosos ojos los que al ver cual vemos  
lo que no vieron reyes ni profetas

Luc., X, 19.

nos dan brío a pisar sobre escorpiones,  
dominando el poder del Tentador.

## III

*y el Señor para el cuerpo.....*

I Corintios, VI, 13

**R**EVELACIÓN del alma que es el cuerpo,  
la fuente del dolor y de la vida,  
inmortalizador cuerpo del Hombre,  
carne que se hace idea ante los ojos,  
cuerpo de Dios, el Evangelio eterno :  
milagro es este del pincel mostrándonos

# Miguel de Unamuno

al Hombre que murió por redimirnos  
de la muerte fatídica del hombre;  
la Humanidad eterna ante los ojos  
nos presenta. ¡Ojos también de carne,  
de sangre y de dolor son, y de vida!  
Este es el Dios a que se ve; es el Hombre;  
este es el Dios a cuyo cuerpo prenden  
nuestros ojos, las manos del espíritu.  
No hay más remedio que creer tu sino,  
meollo de la Historia, que la ciencia  
del amor ilumina; nuestras mentes  
se han hecho, como en fragua, en tus entrañas,  
y el universo por tus ojos vemos.

Hechos, IV,  
31.

Sacude el suelo en que me asiento y llena  
con tu divino soplo mis honduras,  
para que con franqueza y sin rebozo  
diga tus dichas con mi voz más alta.

Ezequiel, III.

Mi lengua abrasa, y como llama ardiente  
cante con sones de alas de los ángeles  
la lección que en tu carne, libro vivo,  
se nos enseña. Déjame este rollo

Juan, VII, 38.

comer con hambre, y luego de mi boca  
la miel destile de la dulce mangla  
de tu costado. ¡Broten del recóndito



# *El Cristo de Velázquez*

Hechos, III, 6.

Hechos, V, 1-6.

de mis entrañas, ríos de agua viva,  
estos mis versos, y que corran tanto  
cuanto yo viva, y sea para siempre!  
Ni oro ni plata míos, lo que tengo  
Dios me lo dió y aquí os lo doy, hermanos,  
que el jugo todo de mi esfuerzo pongo  
para vuestro común caudal sin pizca  
reservarme, que no se engaña a Dios.

## IV

*Mi amado es blanco.....*

Cantares, V, 10

Questo occhio vede in quella bianchezza  
tucto Dio et tucto Homo, la natura divina  
unita con la natura umana. (Santa Caterina  
da Siena : «Libro della Divina Dottrina», capítulo CXI.)

**E**N qué piensas Tú, muerto, Cristo mío?  
¿Por qué ese velo de cerrada noche  
de tu abundosa cabellera negra  
de nazareno cae sobre tu frente?

# Miguel de Unamuno

Luc, XVII,  
20-21.

Miras dentro de Ti, donde está el reino de Dios; dentro de Ti, donde alborea el sol eterno de las almas vivas.

Blanco tu cuerpo está como el espejo del padre de la luz, del sol vivífico; blanco tu cuerpo al modo de la luna que muerta ronda en torno de su madre nuestra cansada vagabunda tierra; blanco tu cuerpo está como la hostia del cielo de la noche soberana, de ese cielo tan negro como el velo de tu abundosa cabellera negra de nazareno.

Que eres, Cristo, el único Hombre que sucumbió de pleno grado, triunfador de la muerte, que a la vida por Ti quedó encumbrada. Desde entonces por Ti nos vivifica esa tu muerte, por Ti la muerte se ha hecho nuestra madre, por Ti la muerte es el amparo dulce que azucara amargores de la vida; por Ti, el Hombre muerto que no muere, blanco cual luna de la noche. Es sueño, Cristo, la vida, y es la muerte vela.

## *El Cristo de Velázquez*

Mientras la tierra sueña solitaria,  
vela la blanca luna; vela el Hombre  
desde su cruz, mientras los hombres sueñan;  
vela el Hombre sin sangre, el Hombre blanco  
como la luna de la noche negra;  
vela el Hombre que dió toda su sangre  
porque las gentes sepan que son hombres.  
Tú salvaste a la muerte. Abres tus brazos  
a la noche, que es negra y muy hermosa,  
porque el sol de la vida la ha mirado  
con sus ojos de fuego : que a la noche  
morena la hizo el sol y tan hermosa.  
Y es hermosa la luna solitaria,  
la blanca luna en la estrellada noche  
negra cual la abundosa cabellera  
negra del nazareno. Blanca luna  
como el cuerpo del Hombre en cruz, espejo  
del sol de vida, del que nunca muere.

Los rayos, Maestro, de tu suave lumbre  
nos guían en la noche de este mundo,  
ungiéndonos con la esperanza recia  
de un día eterno. Noche cariñosa,  
¡oh noche, madre de los blandos sueños,

Cantares, I, 6

# Miguel de Unamuno

madre de la esperanza, dulce Noche,  
noche oscura del alma, eres nodriza  
de la esperanza en Cristo salvador!

V

## LUNA

*Yo soy la luz del mundo.*

Juan, VIII, 12.

**L**UNA desnuda en la estrellada noche  
desnuda del espíritu, conviértense  
a ti nuestras miradas, ¡oh lucero  
del valle de amarguras! Pues nosotros,  
pobres hombres, no más así podemos  
cuerpo a cuerpo mirarte. Eres el Hombre,  
y en tu divina desnudez nos llega  
del sol encegador la eterna lumbre.  
Tú al retratar a Dios nos pregonaste  
que somos hombres, esto es: somos dioses,

Juan, X, 34;  
Salmo  
LXXXI, 6.

# *El Cristo de Velázquez*

y a tu lumbre, lucero de las almas,  
los mármoles helénicos cobraron  
nueva luz, y a los dioses del Olimpo  
los vimos a la busca de tu padre:  
Homero de la mano de Isaías,  
Sócrates con Daniel buscando al hombre.

La humanidad, hija de Dios, que Sócrates  
con la razón, que es astrolabio y brújula,  
descubrieron, Tú, Cristo, conquistaste  
con tu espada de amor, que es brasa pura,  
¡oh león de Judá, rey del desierto!  
Bautizados los dioses, convertidos  
y contritos, cumplieron penitencia  
y escoltan a las gentes a tu leño,  
para que allí de Ti, del Hombre eterno,  
se percaten del todo que hombres son.

## VI

### ECCE HOMO

**T**U cuerpo de hombre con blancura de hostia  
para los hombres es el evangelio.

# Miguel de Unamuno

Dieron sus cuerpos los helenos dioses  
de la rosada niebla del Olimpo  
para la vista en pasto de hermosura,  
regocijo de vida que se escurre;  
mas sólo Tú, la carne que padece,  
la carne de dolor que se desangra,  
a las entrañas nos la diste en pábulo,  
pan de inmortalidad a los mortales.

¡Tú eres el Hombre-Dios, Hijo del hombre!  
La humanidad en doloroso parto  
de última muerte que salvó a la vida  
Te dió a luz como Luz de nuestra noche,  
que es todo un hombre el Dios de nuestra noche  
y hombría es su humanidad divina.  
Tú eres el Hombre, la Razón, la Norma,  
tu cruz es nuestra vara, la medida  
del dolor que sublima, y es la escuadra  
de nuestra derecha: ella endereza  
cuando caído al corazón del hombre.  
Tú has humanado al universo, Cristo,  
¡que por Ti es obra humana! ¡Vedlo todo!  
«¡He aquí el Hombre!» por quien Dios es algo.  
«¡No tengo Hombre!», decimos en los trances  
de la vida mortal; mas Tú contestas :

Juan, V, 7.

# *El Cristo de Velázquez*

Juan, XI, 25,  
y XIV, 6.

«¡Yo soy el Hombre, la Verdad, la Vida!»  
Tal es el Hombre, Rey de las naciones  
de desterrados, de la Iglesia Santa,  
del pueblo sin hogar que va cruzando  
el desierto mortal tras de la enseña  
y cifra de lo eterno, que es la cruz!...

## VII

### DIOS - TINIEBLAS

Luc, X, 22.

DE noche la redonda luna dicen  
de cómo alienta el sol bajo la tierra :  
y así tu luz : pues eres testimonio  
Tú el único de Dios, y en esta noche  
sólo por Ti se llega al Padre Eterno :  
sólo tu luz lunar en nuestra noche  
cuenta que vive el sol. Al reflejarlo  
brillando las tinieblas dan fulgores  
los más claros, que el mármol bien bruñido

# Miguel de Unamuno

Éxodo XX,  
21; I Reyes,  
VIII, 12; Sal-  
mos XVII,  
12, XCVI, 2.

mejor espejo da mientras más negro.  
Te envuelve Dios, tinieblas de que brota  
la luz que nos rechazas; escondida  
sin tu pecho, su espejo. Tú le sacas  
a la noche cerrada el entresijo  
de la Divinidad, su blanca sangre  
luz derretida; porque Tú, el Hombre,  
cuerpo tomaste donde la incorpórea  
luz, que es tinieblas para el ojo humano  
corporal, en amor se incorporase.  
Tú hiciste a Dios, Señor, para nosotros.  
Tú has mejido tu sangre, tuya y nuestra,  
tributo humano, con la luz que surge  
de la eterna infinita noche oscura,  
con el jugo divino. Y es herida  
que abrió el fulgor rasgando las tinieblas  
de Dios, tu Padre, el sol que ardiendo alumbra  
por tu pecho, de hirviente amor llagado.  
Y tú la infinidad de Dios acotas  
en el cerrado templo de tu cuerpo  
e hilas la eternidad con tus suspiros,  
rosario de dolor. Tu pecho muéstranos  
la blanca eternidad que nos espera  
y en su fúlgido espejo el alma ansiosa



# *El Cristo de Velázquez*

ve sus raíces de antes de la vida.

Tu humanidad devuelve a las tinieblas de Dios la lumbre oculta en sus hondones y es espejo de Dios.

Es como el alba tu cuerpo; como el alba al despojarse del negro manto de la noche, en rollo a sus pies desprendido. Con tus brazos alargados en gesto dadivoso de desnudar tu cuerpo y de ofrecerlo a cuantos sufren del amor hostigo, recorres la cortina de tinieblas del terrible recinto del secreto que a la casta de Adán le acongojaba mientras ansiosa consumía siglos; con tus abiertos brazos la negrura del abismo de Dios, tu Padre, rasgas y echándolo hacia atrás, de tu cruz cuelgas el negro manto en que embozado estabas dándonos desnudo. Sacudido muriendo Tú, rasgóse de alto a bajo del templo el velo cárdeno, las tumbas abriéronse y los santos que dormían se irguieron para ver tu cuerpo blanco

ÉxodoXXVI,  
31; Mat.,  
XXVII, 51.

# Miguel de Unamuno

Colosenses, I,  
24.  
Hechos, XVII  
28.

que en desnudez al Padre retrataba  
desnudo. Destapaste a nuestros ojos  
la humanidad de Dios; con tus dos brazos  
desabrochando el manto del misterio  
nos revelaste la divina esencia,  
la humanidad de Dios, la que del hombre  
descubre lo divino. De tu cuerpo  
sobre el santo recinto, iglesia, vamos  
en Dios, tu Padre, a ser, vivir, movernos  
de abolengo divino hermanos tuyos.  
Y envuelves las tinieblas, abarcando  
tenebrosas entrañas en el coto  
de tu cuerpo, troquel de nuestra raza,  
¡porque es tu blanco cuerpo manto lúcido  
de la divina inmensa oscuridad!

## VIII

**A** reposar convidas, cual la noche,  
sobre la almohada de tu pecho pálido

## *El Cristo de Velázquez*

desnudo y quieto, con quietud de muerte  
que es vida eterna, a nuestra frente hundida  
so el peso de nublados de dolores  
tempestuosos; al reposo llamas  
a la congoja de que el alma vive  
quemándose a esperar. Y nuestras penas  
sobre tu corazón, fuente sin corte  
de humanidad eterna, como en piélago  
donde se mira la quietud del cielo,  
adurmiéndose sueñan. Aquietado  
tu corazón en sí, su luz derrama;  
se anchan desde él tus brazos sobre el mundo,  
y tu silencio dícenos : «Hermanos,  
venid aquí a acostar vuestros pesares;  
Yo soy la luna que embalsando al valle  
con laguna de leche esplendorosa  
mece el ensueño.» Cubre con cariño  
la blanda noche de tu tenebrosa  
melena de abatido nazareno  
tu frente, albergue de divina idea,  
y esplende blanco cual la luna el velo  
de tu llagado corazón que sufre;  
porque hiciste razón de tus entrañas.  
La luz de Dios se espeja como en foco

# Miguel de Unamuno

dentro tu corazón, que ya no late,  
y es tu cuerpo cortina trasparente  
del corazón. Tu blanco pecho quieto,  
de la lámpara velo, no respira :  
lago sin ondas, retratando al cielo  
en su quietud serena y resignada,  
nos da la lumbre inmoble y sin principio.  
¡Oh luz queda, sin olas, luz sin tiempo,  
mar de la luz sin fondo y sin riberas,  
mar de la muerte que no se corrompe  
y de la vida que no pasa mar!

## IX

### SANGRE

**B**LANCO Cristo que diste por nosotros  
toda tu sangre, Cristo desangrado  
que el jugo de tus venas todo diste  
por nuestra rancia sangre emponzoñada;

## *El Cristo de Velázquez*

lago en seco, esclarece tus blancuras  
ese río de sangre que a tus plantas  
riega el valle de lágrimas. La sangre  
que esparciste en perdón es la que enciende,  
donde su planta fué, tu eterna lumbre;  
la sangre que nos diste es la que deja,  
pan candéal, tu cuerpo blanco. Sangre;  
roja tu sangre como luz cernida  
por panes — pétalos — del oro dulce,  
nunca soñada flor de los redaños  
de la tierra en un tiempo incandescente.

¡Sangre! ¡Sangre! Por Ti, Cristo, es la sangre  
vino en que ante la sed fiera del alma  
se estruja el universo. Los racimos  
de estrellas temblorosas que colgando  
de la celeste bóveda — la parra  
que del eterno sol a nuestra tierra  
guarda que no la escalde — esos racimos,  
de estrellas ¿qué destilan sino sangre?  
¿Qué es su luz sino sangre que se enciende  
con el amor? La sangre en que la vida  
de la carne nos guarda, nos redime;  
ni da fruto el amor sin sangre. Blanco  
quedaste al agotarla a fondo, entera;

Levítico,  
XVII, 11.

# Miguel de Unamuno

Apocalipsis,  
VI, 12.

como el pan candéal blanco tu cuerpo,  
blanco como la luna desangrada  
que blanca y fría en torno de la tierra  
lleva la antorcha del amor constante  
por la noche del mundo. Toda sangre  
se hizo la luna. Tú, Hijo del hombre,  
fuiste de nuestra sangre, y por nosotros  
vertiste toda y con el mar cubriste  
de tu sangre a los hombres. Tú, cordero  
de la sangre de amor siempre sin merma,  
restañaste con esa sangre roja  
la mancha del pecado — la conciencia  
del mal obrar, que hace remordimiento —  
y nos dejas marchar quitos del peso  
que al corazón nuestra cabeza abrumba.

¡Oh Cristo del perdón! Tú nos perdonas  
aun antes de pecar, y así vivimos  
libres del torbellino que a la sima  
de perdición conduce. Tú perdonas  
al hombre que no sabe lo que se hace :  
¡perdón es tu lechosa luz lunar!

Luc., XXIII,  
34

# *El Cristo de Velázquez*

## X

### LA VIDA ES SUEÑO

**E**STÁS muerto, Maestro, o bien tranquilo durmiendo estás el sueño de los justos? Tu muerte de tres días fué un desmayo, sueño más largo que los otros tuyos; pues tú dormías, Cristo, sueños de Hombre, mientras velaba el corazón. Posábase, ángel, sobre tu sien esa primicia del descanso mortal, ese pregusto del sosiego final de aqueste tráfago; cual pabellón las blandas alas negras del ángel del silencio y del olvido sobre tus párpados; lecho de sábana pardo la tierra nuestra madre; al borde, con los brazos cruzados, meditando sobre sí mismo el Verbo. Y di, ¿soñabas?

Juan, XI, 11.

Cantares,  
V, 2

# Miguel de Unamuno

Hebreos,  
XI, 1.

¿Soñaste, Hermano, el reino de tu Padre?  
¿Tu vida acaso fué, como la nuestra,  
sueño? ¿De tu alma fué en el alma quieta  
fiel trasunto del sueño de la vida  
de nuestro Padre? Di, ¿de qué vivimos  
sino del sueño de tu vida, Hermano?  
¡No es la sustancia de lo que esperamos,  
nuestra fe, nada más que de tus obras  
el sueño, Cristo! ¡Nos pusiste el cielo,  
ramillete de estrellas de venturas;  
hicistenos la noche para el alma  
cual manto regio de ilusión eterna!  
Por Ti los brazos del Señor nos brizan  
al vaivén de los cielos y al arrullo  
del silencio que tupe por las noches  
la bóveda de luces tachonada.  
¡Y tu sueño es la paz que da la guerra,  
y es tu vida la guerra que da paz!



# *El Cristo de Velázquez*

## XI

### PAZ EN LA GUERRA

Juan, XV, 14

Lucas, XII,  
51.

Génesis,  
XXXII, 24-30

Mateo, XI, 12;  
Lucas, XVI,  
16; Gálatas,  
V, 16.

Juan, XX, 19;  
Marc, XVI, 14

**Y**A estás en paz, la de la muerte, amigo!  
Tú que a traernos guerra descendiste  
a nuestro mundo, guerra creadora,  
manantial de deseos desmedidos,  
huracán de las almas que levantan  
como olas sus ahincos con la tema  
de anegar las estrellas en su seno;  
guerra con Dios, como Jacob cuando iba  
en busca de su hermano, pues padece  
fuerza la gloria; guerra que es la base  
del que ansía la paz; guerra que es gloria.  
Sólo en tu guerra espiritual nos cabe  
tomar la paz, tu beso de saludo;  
solo luchando por el cielo, Cristo,  
vivir la paz podremos los mortales.

# Miguel de Unamuno

Juan, XIV, 24

Pero tu paz, Hermano, y no el embuste  
que como tal da el mundo, hasta aquel día

Isaías, XI, 7.

en que el león con paja se apaciente,  
y anide el gavilán con la paloma;  
porque guerra de paz fué tu pasión.

## XII

### ALBA

Oseas, VI, 3.

**B**LANCO estás como el cielo en el naciente  
blanco está al alba antes que el sol apunte  
del limbo de la tierra de la noche :

que albor de aurora diste a nuestra vida  
vuelta alborada de la muerte, porche

Éxodo XIII,  
21-22.

del día eterno; blanco cual la nube  
que en columna guiaba por el yermo  
al pueblo del Señor mientras el día  
duraba. Cual la nieve de las cumbres  
ermitañas, ceñidas por el cielo,

## *El Cristo de Velázquez*

donde el sol reverbera sin estorbo,  
de tu cuerpo, que es cumbre de la vida,  
resbalan cristalinas aguas puras,  
espejo claro de la luz celeste,  
para regar cavernas soterrañas  
de las tinieblas que el abismo ciñe.  
Como la cima altísima, de noche,  
cual luna, anuncia el alba a los que viven  
perdidos en barrancos y hoces hondas,  
¡así tu cuerpo níveo, que es cima  
de humanidad y es manantial de Dios,  
en nuestra noche anuncia eterno albor!

### XIII

#### R O S A

**C**OMO la rosa del zarzal bravío  
con cinco blancos pétalos, tu cuerpo,  
flor de la creación; sangriento cáliz

# Miguel de Unamuno

tu henchido corazón donde destilas  
el suero de la crema de la vida.  
Se colmó de dolor tu cáliz, vaso  
de la insondable angustia que no coge  
en corazón mortal; de Ti aprendimos,  
divino Maestro de dolor, dolores  
que surten esperanzas. Tú gustaste  
dolor que al hombre mata; así sufriendo  
nos mataste el temor. Y por tu pena,  
que hizo Hombre a Dios, Hermano, te queremos,  
y común nuestro Padre, nuestro y tuyo,  
por tu dolor, ¡oh Maestro de dolores!,  
pues tu divinidad es magisterio.

Como la rosa del zarzal bravío  
— y zarzal es tu cruz, lecho de espinas —  
blanco y con cinco pétalos tu cuerpo;  
como la rosa del zarzal que ardía  
sobre el monte de Dios sin consumirse,  
blandón de fuego en medio de la zarza,  
del blanco fuego del amor eterno.  
Y en Ti, llama de amor, zarza florida,  
como a Moisés: «¡Soy el que soy!», nos dice  
susurrando tu Padre; mas el cáliz  
de la rosa, tu boca, que es de mieles,

Éxodo III,14

III Reyes XIX,  
11-13.

## *El Cristo de Velázquez*

panal donde las almas van, abejas,  
derechas a libar, tu boca henchida  
de flores campesinas, de parábolas  
que al corazón se meten, se ha cerrado  
frente a la noche fría, y tus dos labios  
como otra llaga son; cual de tu pecho  
la que sellando tus entrañas se abre  
sangrienta boca de besar sedienta  
y que resuella amores. Tus dos bocas,  
yertas de sed de amor, callan fruncidas;  
la lengua en la una, el corazón en la otra,  
reposan secos de haber tanto amado.

De tu boca manaron los decires  
que de consuno son fuego y frescura;  
de tu boca el sermón que en la montaña  
dictó al eterno amor eterno el código;  
la oración de tu boca que consuela  
de haber nacido a pena de morir.

XIV

ARROYO-FUENTE

Como un arroyo al sol tu cuerpo brilla,  
vena de plata viva en la negrura  
de las rocas que ciñen su encañada;  
las aguas corren y el caudal es uno  
sobre el alma del cauce duradero.

( Nos bañamos en Ti, Jordán de carne,  
y en Ti de agua y de espíritu nacimos.

Juan, III, 5.

De tu haz en el cristal — ondas de plata —

Juan, I, 32.

de la paloma el blanco vuelo vemos :  
sus alas se confunden con las ondas,

pareciendo volar en lo profundo

del lecho de tus aguas. Tú bautizas

Juan, I, 33.

con Espíritu Santo y nos sumerges

en la mar increada, que es luz pura.

La visión del espíritu en tu pecho

# *El Cristo de Velázquez*

Hechos, II, 3.

se espeja, y a nosotros su paloma,  
blanca lengua de fuego, como copo  
vemos que nieva desde tu regazo.

Eres, Jesús, cual una fuente viva  
que canta en la espesura de la selva  
cantares vírgenes de eterno amor.

## XV

### NUBE-MÚSICA

Números, IX,  
15, etc.

**N**UBE eres de blancura al par de aquella  
que a través del desierto fuera al pueblo  
de Dios guiando; nube de blancura  
como la perla de la negra nube  
sin contornos, del infinito concha,  
que es tu Padre. Nube blanca teñida  
por la sangre del sol que entra en la tierra  
y se pone a nacer en otro mundo  
donde es su reino. Blanco cual las nubes,

# Miguel de Unamuno

espuma de los cielos, los vellones  
celestiales que riegan a la tierra.  
Como la nieve blanco está el vestido  
de esa tu alma rendida, Nazareno;  
como la nieve; lavador en tierra  
no hay que le haga tan blanco : resplandece  
cual nieve, espejo de la luz. Convida  
a quedarse en el monte, y acampados  
gozar de su blancura. Mas de pronto  
ve, otra nube hace sombra de tristeza  
sobre tu frente lívida, y nos dice  
suave voz de su seno : «¡Este es mi Hijo,  
mi Hijo amado en quien me gozo, oídle!»  
Y el níveo albor de tu divino cuerpo  
de resurgir de entre los muertos canta  
— no dice —, porque es música tu cuerpo  
divino, y ese cántico callado  
— música de los ojos su blancura —,  
como arpa de David da refrigerio  
a nuestras almas cuando ya el espíritu  
del Malo las tortura, y a las notas  
de la armonía de tu pecho santo  
se aduermen nuestras penas hechizadas  
en los nidos de nuestros corazones

Marcos, IX, 2

Éxodo  
XXXIV, 29

Mat, XVII, 1;  
Luc., IX, 28.

1 Samuel,  
XVI, 14-23.



# *El Cristo de Velázquez*

Luc., XIII,  
11-13.

abrigados. Y entonces la pobre alma,  
hecha antes un ovillo por la tétrica  
mano del Tentador, que nos la estruja  
y engurruñe, al sentir la sinfonía  
de tu cuerpo, como un retoño ajado  
a que la savia vuelve, se endereza  
y en postura de marcha se recobra.

Luc., XIII,  
10.

El canto eres sin fin y sin confines;  
eres, Señor, la soledad sonora,  
y del concierto que a los seres liga  
la epifanía. Cantan las esferas  
por tu cuerpo, que es arpa universal.

## XVI

### C O R D E R O

**C**ORDERO blanco del Señor, que quitas  
los pecados del mundo y que restañas  
la sangre de Caín con la que corre

Génesis,  
IV, 15.

## Miguel de Unamuno

Apoc., XXI,  
23.

de tu hendido costado, es mansedumbre divina la blancura de tu cuerpo, resignación la luz del foco ardiente de tu fiel corazón : que eres hoguera que a la ciudad toda de Dios alumbraba. Sobre tu cuerpo, ya arrecido, lágrimas de tu madre la tierra han escarchado, como el rocío que en vellones cándidos del cordero arrecido en noche helada, como el rocío en el vellón que puso Gedeón en la era, a Dios pidiéndole señales en la lucha por su pueblo.

Jueces, VI,  
37-38.

El vellocino tras el cual surcaron los argonautas los remotos mares más tenebrosos nos lo dan tus manos empapado en la sangre de tus venas, y es vellocino de oro verdadero que ni se gasta ni ladrón alguno nos le puede robar; ¡del oro puro de tu sangre sin mancha, de que se hizo con el fuego de amor la luz del sol!

# *El Cristo de Velázquez*

## XVII

### HOSTIA

**H**OSTIA blanca del trigo de los surcos  
del desierto, molido por la muela  
del dolor que tritura; pan divino  
de flor de harina, como lecho blanco,  
Hijo eres, Hostia, de la tierra negra;  
Hijo eres de la tierra, Hijo del Hombre,  
Hijo de Dios y de la Virgen Madre,  
nuestra madre la tierra. Por el mundo  
cual espigas ondean los mortales,  
hasta que la hoz los siegue de la Muerte,  
que arrastra el trillo convirtiendo en era  
lo que fué ayer ejido de deportes,  
y a la tolva van luego, y de esa harina  
su pan amasa Dios, que vive de hombres,  
del sólo pan que somos tus discípulos.

I Corintios,  
X, 17.

# Miguel de Unamuno

Vive de Ti, Hostia blanca como leche,  
nacida de la Virgen Tierra Madre;  
por Ti comulga Dios con sus mortales :  
tierra y agua de Dios son pan y vino  
del hombre, y Dios con ellos hombre se hace.  
Tu cruz, cual una artesa en que tu Padre  
hiciera con sus manos nuestro pan.

## XVIII

### V I N O

**L**A viga maestra del dolor macizo  
a que la piedra del remordimiento,  
por el rodezno de la culpa obrando,  
sobre tu corazón su pesadumbre  
cargó, y enderezaron como *vírgenes*  
las tristes manos pecadoras de Eva,  
sobre el lagar divino de tu pecho  
pisó el licor que nuestras penas lava.

# *El Cristo de Velázquez*

Mat., XXVI,  
38.

Triste es el vino en el desierto, en donde  
no hay agua, madre de verdor riente;]  
triste el vino cual sangre y triste tu alma,  
Jesús, hasta la muerte. Mas tu jugo,  
mientras no entremos al divino oceano  
sin haz ni fondo y sin orillas, abra  
de nuestros ríos todos peregrinos,  
sostén de esta jornada dolorosa  
por el desierto de la vida humana,  
es tu vino. Señor, tu propia sangre,  
tu vino triste del dolor, el vino  
de la vid de que somos los sarmientos.

Juan, XV, 5

Triste es el vino, sí; mas nos embriaga  
y nos trae la ilusión con el olvido.  
¡Oh embriaguez de la sangre redentora,  
del vino del desierto falto de agua;  
locura de la cruz, dolor sorbroso,  
despego de la vida, tú nos borras  
el dejo del vinagre que en la esponja  
de su vano consuelo nos da el mundo!

Juan, XIX, 34

Y hay en el vino de tu sangre, ¡oh Cristo!,  
agua también, de cumbre y sin mancilla,  
licor de vida que la sed apaga

# Miguel de Unamuno

Juan, IV, 14

para siempre jamás a quien lo bebe  
y vuélvese en su dentro manadero  
que le da un sempiterno revivir.

## XIX

### L I N O

Juan, XIX, 5.

**B**LANCO lino tu cuerpo, frágil tela  
que de la parda tierra Dios hilando  
tejió y tiñó y ciñó a su Pensamiento  
— por desnudo, invisible —, vestidura  
dándole así con que alumbrase al mundo  
la luz de la Palabra, eterna capa  
recamada de innúmeras estrellas.  
Y el lino se tiñó de regia púrpura  
sonscada del mar de los abismos  
— del mar donde descansan los que fueron  
junto a los que serán —, y de la Muerte  
fué sudario de amor al inmolaria.

# *El Cristo de Velázquez*

Marc.,  
XV, 20.

Con mano airada el pueblo a desgarrones  
desnudó a la Palabra creadora,  
mas Ella recogiendo su vestido  
volvióselo a ceñir y como un manto  
lo tendió por dosel en nuestro cielo.

El Hacedor de la visión sin lindes  
de rebaños de soles peregrinos  
que a nuestro orbe — apagada chispa — arras-  
tran,

de la ceniza de éste fué tejiendo,  
con incorpóreas manos tenebrosas  
— herramientas de todopoderío —,  
durante nueve meses en el vientre  
de una doncella tenebroso, túnica  
con que al vestir su desnudez Le vieran  
las almas que brotaron de su sien.

XX

Á G U I L A

ÁGUILA blanca que bebiendo lumbre  
del Sol de siempre con pupilas fúlgidas

# Miguel de Unamuno

nos la entregas, pelicano, en la sangre  
de tus propias entrañas convertida;  
Águila blanca, ¿por qué así tus ojos  
vela esa negra nube, esa cimera  
de nazareno? Luz nos das; antorcha  
tu corazón que ardiendo nos alumbra  
y nos aveza a hacer de nuestra sangre  
luz de tu luz. Eres la luz, Tú, el Hombre,  
que esclarece en el mundo a los mortales.  
¡Luz, luz, Cristo Señor, luz que es la vida!

Deuterone-  
mio, XXXII,  
11.

Éxodo  
XXXIII, 20.

Cuando muramos, en tus blancos brazos,  
las alas de la Muerte Emperadora,  
llévanos hasta el Sol, allí a perderse  
nuestros ojos en él, a que veamos  
la cara a la Verdad que al hombre mata  
para resucitarle. Águila blanca  
que a raudales bebiendo viva lumbre  
del Sol eterno con divinos ojos  
nos la das en tu sangre derretida,  
llévanos a abrevar del Sol eterno  
con nuestros ojos luz, a que veamos  
la cara a la Verdad. Que las lechuzas  
de Minerva, que no ven más que a oscuras,  
pues las deslumbra el mediodía, busquen



# *El Cristo de Velázquez*

en la noche su presa. No lechuzas,  
águilas nuestras almas, que muriendo  
vivan por ver la cara a Dios. ¡Mirada  
danos de pura fe, que la mirada  
resista de los ojos deslumbrantes  
de la Verdad, del Sol que no se extingue,  
de la cara de Dios que nos da vida  
cuando con su mirar muerte nos da!

## XXI

### NUBE NEGRA

O es que una nube negra de los cielos  
ese negror le dió a tu cabellera  
de nazareno, cual de mustio sauce  
de una noche sin luna sobre el rio?  
¿Es la sombra del ala sin perfiles  
del ángel de la nada negadora,  
de Luzbel, que en su caída inacabable

# *Miguel de Unamuno*

— fondo no puede dar — su eterna cuita  
clava en tu frente, en tu razón? ¿Se vela  
el claro Verbo en Ti con esa nube,  
negra cual de Luzbel las negras alas,  
mientras brilla el Amor, todo desnudo,  
con tu desnudo pecho por cendal?

## XXII

### L E Ó N

**B**LANCO león de los desiertos, mecen  
vientos de fuego tu melena negra,  
te envuelve el sol, tu padre, y tu mirada  
nos ve en la arena. Y con amor furioso  
persigues a quien amas, y si te huye  
le acosas con ahinco y acorralas  
sin dejarle vivir; de sed se muere,  
y tiembla detenerse en los arroyos  
ante tus fieros ojos en acecho

# *El Cristo de Velázquez*

de víctimas. Temblando a lo que anhela,  
cree sentir tras las rocas resoplidos  
de tu resuello, y cuando, al fin, rindiéndose,  
de ojos cerrados, tu zarpazo espera,  
parado el corazón, de hielo el rostro,  
siente tu sangre que la sed le apaga,  
siente el abrazo de la dulce muerte  
que le lleva a la vida a que escapaba,  
y que es comerte ser por tí comido,  
¡Rey del desierto, León de Judá!

## XXIII

### T O R O

**T**ú, blanco toro de lunada frente,  
toro entero y sin mancha, que tan sólo  
te doblegaste de la cruz al yugo,  
regando con tu sangre nuestra tierra,  
que es el ara del templo de tu Padre;

Levitico,  
IV, 2.

# Miguel de Unamuno

Levitico,  
XVI, 6.

Hebreos,  
VII, 27.

Levitico  
XI, 3-4.

Éxodo  
XXXII, 4, 20.

Ezequiel,  
X, 14.

becerro expiatorio, del rebaño  
cabeza, y a la vez que sacerdote  
víctima que te ofreces a Ti mismo;  
de Ti, que rumias nuestras tristes penas  
y con hendidos pies surcas los valles  
cuyo verdor abonan nuestras lágrimas,  
comer podemos, que tu carne es pura.  
¡Tú, becerro de carne mantenida  
con la mies del trabajo que los hijos  
de Adán sudaron, al becerro de oro  
quemándolo en tu fuego lo reduces  
a polvo, que en las aguas esparcido  
nos lo das a beber y así consigues  
de tu padre a nosotros el perdón!

## XXIV

### QUERUBÍN - LIBRO

ÁGUILA el Hombre, Tú, León y Toro;  
la Ésfinge, el Querubín de nuestro sino.

# *El Cristo de Velázquez*

Y nosotros, mortales miserables,  
tan sólo descifrando tus parábolas  
vivir podemos el amor. Porque eres  
el libro eterno de los cinco sellos  
arrollado a la cruz, que como tórculo  
imprime en él letras de sangre, de hojas  
de pergamino nítido arrancado  
de los redaños de tu entraña, y donde  
no lee más que el amor. Es tu blancura,  
con enigmas sangrientos salpicada,  
para la vana ciencia de este mundo  
fuente tan sólo de ceguera incrédula,  
y tropiezo tu cruz, leño de escándalo.  
Nadie en el cielo ni en la tierra pudo  
ni bajo de ella abrir el libro : sólo  
puede el amor con roja sangre abrirlo.  
Sólo el amor las cinco llaves puede  
manejar, que descifran su blancura.  
Como un libro arrollado abrióse el cielo  
al morir Tú en la cruz, libro de carne,  
y la Palabra que creó nos dijo :  
«Toma ese libro y cómelo; si acerbo  
para tu vientre, te será en la boca  
miel y dulzura.» Y eres Tú ese libro.

Apoc., V, 3.

# Miguel de Unamuno

¡El libro es vivo, es Maestro, y con su muerte da la lección que ha impreso con su sangre, no lección de palabras que hincha el viento, sino de vida eterna alta lección!

## XXV

### P U E R T A

*Lucas, XI, 10.*

Juan, X, 9;  
Hebreos,  
I, 3.

**E**RES la blanca puerta del empiroo, siempre abierta al que llama, y donde se abre de las tinieblas — divinas entrañas — el resplandor. De par en par sus hojas — a la diestra justicia y a la izquierda misericordia — ábrensenos propicias, sobre los goznes del rosario al leño de la cruz — rodrigón — envencijado. ¡El umbral de tu cruz de Adán la tumba,

## *El Cristo de Velázquez*

Lucas, X, 18.

y en su dintel se apoya cejijunto  
Luzbel, a las tinieblas acechando!  
¡Pobre Luzbel, estrella de la tarde,  
en sombra de tinieblas convertido,  
caído desde el cielo como un rayo!  
¡Dale, Señor, tu mano, y se derrita  
su sombra en las tinieblas de tu Padre,  
y vuelva a ser lucero matutino!  
Desgarrón de los cielos, abertura  
Tú eres de Dios, y quien por Ti le mira  
muere de verte, al fin, de amor se muere,  
y muriendo de amor vida recobra,  
vida que nunca muere. Y es el puente,  
cimentado con lágrimas y sangre,  
tu cruz que a Ti, que eres la blanca puerta  
de la mansión de Dios, nos encamina  
por sobre el foso de este bajo mundo  
ceñidor del castillo celestial!

XXVI

L I R I O

LIRIO del valle del dolor, regado  
de Adán con el sudor y con las lágrimas;  
blanco lirio entre cardos, como copa  
Tú el rocío del cielo nos recoges  
y en vino nos lo escancias. De la tierra  
brotar la humanidad te hizo, en anhelo  
de ser madre con Dios, a quien pedía,  
como a Jacob Raquel, clamando a gritos :  
«¡Dame un hijo de Ti, si no, me muero!»  
Y al ser madre Raquel murió dichosa,  
Benjamín, que era el hijo de la diestra,  
dando con su postrer aliento al cielo.  
Y en el camino de Belén, tu cuna,  
fué sepultada, para que sus huesos  
maternales del sacro, que llevaron

Génesis,  
XXX, 1.

Génesis,  
XXXV, 18,  
etcétera.



# *El Cristo de Velázquez*

a Benjamín, de amor se estremecieran  
en el polvo al sentir de tus vagidos  
el eco a que la tierra retembló.

## XXVII

### E S P A D A

**T**U cuerpo como espada al sol relumbra;  
como una espada al sol luce tu cuerpo,  
espada del Señor, llena de sangre,  
como el cuchillo aquel con que desgarra  
del Leviatán el escamoso cuero;  
como una espada de vencer combates  
— ¡espada de dos filos tu palabra! —,  
con la que hay que cortar de nuestra vida  
el cordón terrenal. Pues Tú viniste  
en tu diestra a traer paz con la guerra :  
por Ti riñen los hijos con sus padres  
entre sí; los hermanos, los esposos :

Isaías,  
XXXIV, 6.  
Job, LI, 7.

Hebreos,  
IV, 12.

Lucas, XII,  
51-54.

# Miguel de Unamuno

Génesis,  
III, 24.

eres espada de la paz, que hiere  
para acabar la guerra con la guerra;  
eres acero que divide y junta,  
pues sólo junta aquello que divide;  
y eres espada que arde, brasa pura,  
cual aquella querúbrica que veda  
el camino del árbol de la vida  
del paraíso. Y eres blanca llama  
de la hoguera, crisol de nuestras almas,  
que liquida el dolor y lo trasmuda  
en río que va al sol, que es mar de fuego.  
Blanca llama, relámpago que es sangre  
de las tinieblas, cual aquel que hiriera  
en el sendero de Damasco a Saulo  
diciéndole : «¿Por qué así me persigues?  
¡Yo soy Jesús, a quien persigues, Saulo!»  
¡Blanca llama de fuego que devora,  
hoguera del amor : como a la enjuta  
yesca mi corazón entero abrasa;  
mi carne de pecado se consume,  
y hágale pavesas su restregón!

Hechos, IX.

XXVIII

Á N F O R A

ÁNFORA blanca del licor divino  
por siglos de los siglos decantado,  
el eterno Alfarero te torneara  
con el brazo de que hizo a Adán, y el torno  
sigue tornando. ¡De la misma arcilla,  
vasijas nuevas de dolor y amores,  
contra la tierra viénense a quebrar!

XXIX

P A L O M A

*Salmo,*  
LXVII, 14.

*Génesis, VIII,*  
12; IX, 13.

**C**UAL la paloma de plateadas plumas  
que al salir por tercera vez del arca  
no volvió con el ramo de la oliva,  
sino perdióse bajo el arco iris  
de las nubes, señal de la promesa;  
¡Tú, así, paloma blanca de los cielos,  
nos vienes a anunciar que hay tierra firme  
donde arraigar allende nuestro espíritu  
y que florezca por la eternidad!

# *El Cristo de Velázquez*

XXX

## L E C H E

COMO la leche de María blanco,  
nata de Humanidad, puro alimento  
que al cuerpo le da paz. Porque es la leche  
cándida flor de amor de las entrañas  
de la madre, de amor que se da en pábulo.

Dios te engendró de la Sabiduría,  
que es humana y es virgen, en el vientre,  
y con su leche te nutrió, y creciste  
en fortaleza y en saber y en gracia,  
morando en los desiertos hasta el día  
cuando, a la obra maduro ya, surgiste  
de las aguas corrientes del Jordán.

Lucas, I, 80;  
I, 40.

Lucas, III.

XXXI

Á R B O L

DE Ti al claror, aqieste valle  
de amarguras remeda blanco lago  
de lágrimas, de noche; su verdura  
como el haz de las aguas, y sus rocas  
islotos en que aguardan desterradas  
su libertad las almas. Arrecidas  
tiemblan — ¡las pobres! — cual las hojas secas  
de noviembre en el chopo de la orilla  
del río que no posa, y recogéndolas  
cuando caen en su seno, al mar las lleva.

Así del leño de la cruz prendidas  
tiemblan, pobres, las almas al hostigo  
del cierzo de la sima tenebrosa,  
que lleva en vilo su temblor sonoro,  
cual *miserere* de las secas hojas,

## *El Cristo de Velázquez*

sollozos de pasión que en sí no cabe.  
Forman las almas el follaje prieto  
del árbol de la cruz, por él unidas  
en hermandad de amor, y se estremecen  
en corro a la cabeza coronada  
por la melena, negra cual la noche,  
del blanco Nazareno; y cuando, al cabo,  
el cierzo del abismo las arranca  
de la copa del árbol misterioso,  
van al caer rodando por el pecho  
blanco del Cristo, y a su pie se pierden  
en el río de sangre que las lleva  
de la vida eternal al mar sin fondo.

Río de sangre que al fulgor de luna,  
del corazón del Cristo, por el lecho  
de este valle de lágrimas se lleva,  
crujiendo en remolino congojoso,  
rebaños de almas, ahornagadas hojas.  
Y esa tu sangre zapa los cimientos  
del baluarte de aquella archienemiga  
de la humana familia, y que es la madre  
del hastío y la desesperación.

XXXII

EUCARISTIA

AMOR de Ti nos quema, blanco cuerpo;  
amor que es hambre, amor de las entrañas;  
hambre de la Palabra creadora  
que se hizo carne; fiero amor de vida  
que no se sacia con abrazos, besos,  
ni con enlace conyugal alguno.

Amós, VIII, 11

Juan, I, 14.

Sólo comerte nos apaga el ansia,  
pan de inmortalidad, carne divina.  
Nuestro amor entrañado, amor hecho hambre,  
¡oh, Cordero de Dios!, manjar Te quiere;  
quiere saber sabor de tus redaños,  
comer tu corazón, y que su pulpa  
como maná celeste se derrita  
sobre el ardor de nuestra seca lengua :  
que no es gozar en Ti; es hacerte nuestro,



# *El Cristo de Velázquez*

carne de nuestra carne, y tus dolores  
pasar para vivir muerte de vida.

Y tus brazos abriendo como en muestra  
de entregarte amoroso, nos repites :

Lucas, XXII,  
19; I Corin-  
tios, XI, 24.

«¡Venid, comed, tomad : este es mi cuerpo!»

¡Carne de Dios, verbo encarnado, encarna  
nuestra divina hambre carnal de Ti!

## XXXIII

### B A R C O

**S**ÓLO la cruz respaldo, el tronco errante  
donde sujeto vas, el árbol muerto,  
sin raíces, sin hojas y sin fruto,  
armadía al azar de los abismos  
de la tierra y del cielo inacabables,  
santo madero en que navega el alma  
tendida entre las dos eternidades.

Al mar dormido de la luz — tinieblas —

# *Miguel de Unamuno*

su recia cabecera sacudiendo  
como la cuña de una proa, espuma  
de rastro esplendoroso — estrellas — alza,  
y rómpense las olas en sus brazos  
donde las almas sollozando penas  
van a abrigarse. Y se despliega enorme  
sobre ella el otro mar, el mar del cielo,  
negro y también sin fondo y sin orillas,  
y allá donde se besan ambos mares,  
donde descansa cuanto vive : ¡el Sol!

## XXXIV

### ENJULLO

**T**u cruz es el enjullo a que se arrolla  
la tela humana del dolor, tejida  
en la urdimbre divina con la trama  
de nuestras tristes razas que las lizas  
y premedoras del destino rigen.

# *El Cristo de Velázquez*

Y esa tela vestido es de la idea  
de las ideas, del divino Verbo,  
revelación de Dios que se conoce  
dándose a conocer. El pensamiento  
de Dios es nuestra historia, que se arrolla  
sobre el enjullo de tu cruz, ¡oh Cristo!,  
y según ésta gira, lanzaderas  
al vaivén de la vida, los estambres  
de la canilla — el alma — entretejemos  
de tu manto en el paño sin confín.

## XXXV

### E S C A L A

**L**A escala de Jacob, cuando dormido  
en Harán — una piedra cabecera —,  
soñó, donde subían y bajaban  
los ángeles, era tu cruz; sobre ella  
voz de tu Dios nos dice: «¡Soy contigo!

Génesis,  
XXVIII, 12,  
etcétera.

# Miguel de Unamuno

Marc, XI, 23

¡Te guardaré y te llevaré a tu patria!  
Que es tu cruz gradería de la gloria  
y es la firme palanca con que el hombre  
si tiene fe traslada el universo  
de las montañas todas, y es el punto  
de apoyo el corazón, si diamantino  
del amor en el horno cristaliza.

Lucas, III, 17

Y es un bieldo tu cruz; con ello aventas  
tu cosecha y el trigo va a la troje  
y la paja se lleva el viento al fuego  
que depura la broza sin cesar.

## XXVI

### SERPIENTE

Números  
XXI, 6-9;  
Deuteronomio, VIII, 15

Si a la serpiente de metal erguida,  
camino del desierto en la bandera,  
los que mordidos por ardientes sierpes  
y escorpiones mirándola sanaban;

## *El Cristo de Velázquez*

Apocalipsis,  
XII, 9; Géne-  
sis, II, 1.

curas, serpiente blanca, a quien te mire  
con ojos de pasión, que el duelo humano  
recogistes entero. La serpiente  
primitiva, el dragón que resistiendo  
servir a Dios, rastrero se enroscara  
al árbol de la ciencia, a nuestros padres  
tentó, trayendo perdición al mundo.  
Y Tú, blanco Dragón de nuestra cura,  
del Árbol de la Muerte suspendido  
todo el veneno del dolor recoges.  
Que es terrible tu amor, Dragón de fuego,  
de quien las aguas de la vida manan.  
¡Con su destal la muerte leñadora  
nuestro árbol de la ciencia descuajando,  
talló tu cruz, como quien talla un potro,  
y en ella fué a morir estrangulada  
entre tus brazos, rígidos de amor!

XXXVII

LOS CLAVOS. — EL ARTE

TUS clavos son las llaves que nos abren  
de la muerte — la vida — los cerrojos.  
Son los cuatro colmillos de la Muerte  
que forjó Tubalcain el cainita  
con el arte inventado en la mazorca  
primitiva de hogares estadizos  
que alzó en tierra, empastándolo con sangre  
— cimiento — el hijo de hombre que primero  
cortó a hermano el respiro — ¡y fué la guerra! —  
de que el arte surgió que con tus manos  
santificaste, ¡Maestro carpintero!  
Callosas ellas en tus mocedades  
de oscuro trance manejaron clavos  
cuando sudaste sobre la madera  
— de esa tu cruz, cama de boda, agüero —

Génesis,  
IV, 22.

Génesis,  
IV, 17.

Lucas, II, 51.

## *El Cristo de Velázquez*

a diario ganándote el mendrugo  
del pan que nos enseñas a ganárnoslo  
cada día pidiéndolo a tu Padre.  
El arte que del árbol de la ciencia  
del bien y el mal, tomándolo entregara  
de Caín a la diestra Adán, su padre,  
tus manos rescataron. Y esas manos,  
abiertas siempre, al fin la industria humana  
clavó a la cruz, al trabajado leño  
con el sudor del hombre consagrado.  
Porque es tu cruz también obra del arte  
que sobrepuja a la naturaleza.  
Caín, el labrador, a su linaje  
legó el ingenio, hermano del arrojito  
de criminal envidia — es arte el crimen —  
civil, y Tú, Señor, lo sublimaste,  
¡Tú, con tus manos levantando al cielo  
el fruto desastrado del saber!

Gén., IV, 2.

XXXVIII

C I E R V O

**H**ERIDO por nosotros como ciervo  
que a morir corre al matorral nativo,  
Te escapaste a la cima del calvario  
moribundo de sed por la sangría,  
cruzando por las calles de amargura,  
de tu amor al celeste abrevadero,  
y «¡Tengo sed!», gemías. Y nosotros,  
tus hermanos y crueles cazadores,  
muertos de sed, también, tras de la fuente  
de tu vino marchamos por las huellas  
de sangre de esta vida de amargura.  
Tenemos sed de la blancura eterna  
de ese tu corazón, abrevadero  
de agua de vida que jamás se agota.  
Que si en las bodas de Caná cambiaste

Juan,  
XIX, 28.

Juan, II.



# *El Cristo de Velázquez*

Juan, IV.

en vino el agua, en el martirio cruento  
de tu pasión volviste al rojo vino  
en agua viva de Sicar, que apaga  
para siempre la sed. Diste tu sangre,  
de amoroso talante, a trueque místico,  
a nuestras almas, las samaritanas  
de seis maridos, locas concubinas  
del saber que nos hincha y no conforta.  
¡Y el corazón asendereado a tuertas  
por los senderos del mundano siglo,  
topa, por fin, con el brocal del pozo  
de tus entrañas, su cobijo, y tiéndese  
de tu boca al amparo a revivir!

XXXIX

S I L E N C I O

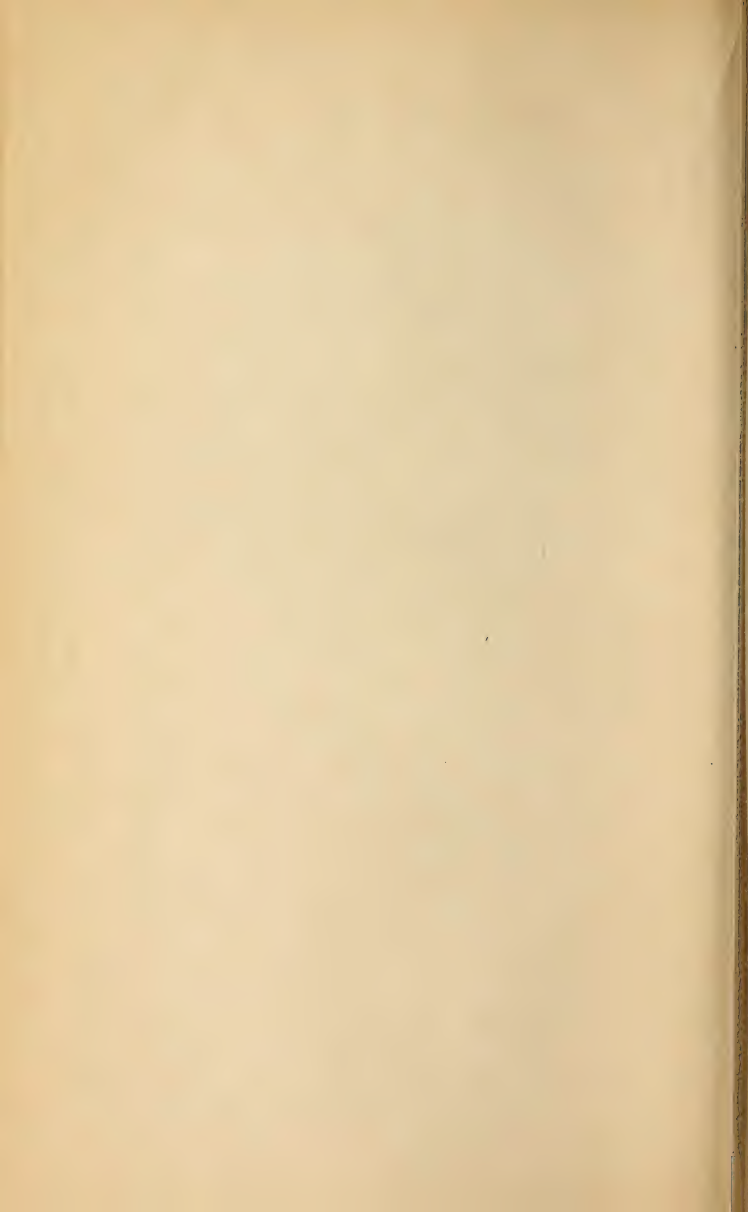
**L**UCE en la majestad de tu tormento  
la luz del abandono sin reserva;

# Miguel de Unamuno

Mateo,  
XXVI, 39.

resignación, que es libertad absoluta,  
y el «¡Hágase tu voluntad!», reviste  
con velo esplendoroso tu martirio.  
Silencio, desnudez, quietud y noche  
Te revisten, Jesús, como los ángeles  
de tu muerte; se calla Dios desnudo  
y quieto en su tiniebla. ¡De tu Padre  
dentro el silencio fiel tan sólo se oye;  
de tu amor el arrullo que nos llama  
con brizador susurro a nuestro nido,  
puesto en tus brazos sobre las tinieblas  
por las que rompe de la vida el sol!

SEGUNDA PARTE





I

## SOLEDAD



**A**BANDONADO de tu Dios y Padre, [tu,  
que con sus manos recogió tu espiri-  
Te alzas en ese trono congojoso  
de soledad, sobre la escueta cumbre  
del teso de la calavera, encima  
del bosque de almas muertas que esperaban  
tu muerte, que es su vida. ¡Duro trono  
de soledad! Tú, solo, abandonado  
de Dios y de los hombres y los ángeles,  
eslabón entre cielo y tierra, mueres,  
¡oh León de Judá, Rey del desierto  
y de la soledad! Las soledades  
hinches del alma, y haces de los hombres

# Miguel de Unamuno

Juan, XI, 52.

solitarios un hombre; Tú nos juntas,  
y a tu soplo las almas van rodando  
en una misma ola. Pues moriste,  
Cristo Jesús, para juntar en uno  
a los hijos de Dios que andan dispersos,  
solo un rebaño bajo de un pastor.

## II

*Se consumó.*

Marcos, XV, 37; Juan, XIX, 3.

Apocalipsis,  
XIV, 2.  
Ezequiel,  
I, 24.

Josué, VI.

SE consumó!», gritaste con rugido  
cual de mil cataratas, voz de trueno  
como la de un ejército en combate  
— Tú a muerte con la muerte —; y tu alarido,  
de Alejandría espiritual, la nueva  
soberbia Jericó de los paganos,  
la de palmeras del saber helénico,  
derrocó las murallas, y de Roma  
las poternas te abrió. Siguióse místico

## *El Cristo de Velázquez*

silencio sin linderos, cual si el aire contigo hubiese muerto, y nueva música surgió, sin son terreno, en las entrañas del cielo aborrascado por el luto de tu pasión. Y del madero triste de tu cruz en el arpa, como cuerdas con tendones y músculos tendidos al tormento, tus miembros exhalaban, al toque del amor — amor sin freno —, la canción triunfadora de la vida.

¡Se consumó! ¡Por fin, murió la Muerte!

Solo quedaste con tu Padre — solo de cara a Ti —, mezclasteis las miradas — del cielo y de tus ojos los azules —, y al sollozar la inmensidad, su pecho, tembló el mar sin orillas y sin fondo del Espíritu, y Dios sintiéndose hombre, gustó la muerte, soledad divina.

Quiso sentir lo que es morir tu Padre, y sin la Creación vióse un momento cuando doblando tu cabeza diste al resuello de Dios tu aliento humano.

¡A tu postrer gemido respondía sólo a lo lejos el piadoso mar!

III

E L M A R

**E**L mar, trémulo espejo de los ojos  
del Señor, primer cuna de la vida;  
el mar, desnudo siempre y jadeante  
— sobre su frente azul, sin surco humano,  
reciente aún de Dios el primer beso —,  
tañendo en blancas lenguas en los bordes  
con que el Carmelo Palestina alfombra,  
brizó tu último sueño con su cántico  
— pregunta eterna sin respuesta —, el mismo  
con que primero a Adán, cuando soñara  
su carne heñida en flor y al despertarse  
le sonreía la mujer desnuda.

Plañía el mar tu muerte plañidero,  
desgranando sus olas sollozante,  
mientras tu pecho, de piedad océano,



# *El Cristo de Velázquez*

quedo cual tierra se quedó. Pedía  
tu cruz, en que poder llevar al hombre  
allende nuestras dos columnas de Hércules,  
a donde desde el cielo le esperaba  
la Cruz del Sur, y de tu madre al cuello  
con el collar de perlas de tu sangre  
ciñéndola en redondo colocarla.

«¿Por qué?», rugía el mar; hasta que viendo  
a tu Padre poner sobre los cielos  
— su cabeza — la cruz y en ella al hombre,  
razón de lo creado, fué aplacándose,  
cual del pastor que le acaricia y nutre  
bajo la mano próspera el mastín.

Mateo,  
VIII, 26.

## IV

### F U E G O

**F**UEGO viniste a echar sobre la tierra,  
fuego Tú mismo, blanca luz que llueve.

Lucas,  
XII. 49.

# Miguel de Unamuno

Hechos, II, 3.

Lenguas de fuego sobre tus apóstoles  
bajaron — Tú en la gloria —, y eran lenguas  
de la Palabra, hecha Hombre en el cimborrio  
de los cielos; del cuerpo luminoso  
que de pez se mantiene, hijo del agua  
de mudo pez de los abismos frío,  
que bajo las galernas pone el nido.

Lucas,  
XXIV, 23.

Fuego eres Tú, que al cielo sube siempre  
buscando al Sol, su Padre, hogar eterno;  
fuego que enciende nuestra sangre y quema  
del pecado la pulpa, la del fruto  
del árbol de la ciencia, pues tu sangre,  
Serafin del Dolor, en la cruz fuego;  
que eres el Serafin, el ascua viva  
de amor, del árbol de la cruz la rosa.

Isaías,  
VI, 2-4.

Dos alas negras tu cabeza envuelven;  
un par de alas tus pies que se cernieron  
del Tabor en la cumbre y del Calvario,  
y vuelas a tu Padre con tus brazos,  
alas de fuego, hendiendo las tinieblas.  
¡Y de tu cruz los quicios se estremecen,  
de tu volada al místico rumor!

# *El Cristo de Velázquez*

## V

Lucas, XXIII, 46.

Salmo  
XXX, 6.

**M**I espíritu en tus manos encomiendo!»,  
le dijiste a tu Padre, ante quien tiemblan  
las aguas, y tembló la tierra toda  
de parto en agonía. Y era el alma  
de larga espera, la de Adán, Encélado  
que al sentir en sus huesos de tu sangre  
calarle el riego, sacudió la capa  
del barro maternal que le cubriera.  
Por su boca enfusóle Dios el alma,  
y le entregaste tu postrer aliento  
por tu boca, Jesús, eterna fuente  
que canta en la espesura de la selva.

«¡Mi espíritu en tus manos encomiendo!»  
De tu Padre en las manos invisibles,  
cimientos y techumbres del abismo,

# *Miguel de Unamuno*

manos que nos hicieron a tu imagen,  
¡recostaste en sus manos hacedoras  
tu espíritu al rendirse de dolor!

## VI

### ALMA Y CUERPO

**E**NAMORADA de su cuerpo tu alma,  
y por nupcial amor unimismados,  
no como a cárcel al morir dejóla,  
con el suspiro de quien queda libre,  
sino como a un hogar en que se ansia  
dejarse vivir siempre en la costumbre  
que es la dicha. De raíz insondable  
fué el sollozo postrero, la rotura  
de la carne vencida y del espíritu  
que se hizo carne. Se siguió el silencio.  
Y al callar todo con silencio íntimo,  
quedó en tinieblas todo; luz es música,

## *El Cristo de Velázquez*

y ¡ay del que ver creyendo no oye! Tu alma  
sobre tinieblas frías recostada,  
de la agonía descansando, mira  
su compañero cuerpo, al que ha dejado  
de la cruz en las garras, de los clavos  
pendiente, y al mirarlo se entristece  
de amor más vivo que la vida. ¿Cómo  
sin él podrá tomar el Sol? ¿La lumbre  
dónde prender podrá? ¿Dónde la mano  
del Padre eterno encontrará asidero  
para apuñarlo? Y al temor oscuro  
de, sin vaso, fundirse en las tinieblas  
y perderse cual viento libre, ansía  
recogerse en su cuenca — carne y huesos —,  
añora de su cuerpo la hermosura,  
buscando ella, infinita, deslindarse;  
las lindes quiere de su coto; ¡quiere  
dentro de él abarcándose vivir!

VII

Lucas, XXIII, 49.

Juan, XI.

CON aquellos sus ojos que probaron  
las tinieblas del seno de la tierra,  
tu amigo Lázaro, el de Betania,  
pálido repatriado de la tumba,  
que vivía en dos mundos, Te miraba  
muerto en la cruz, y al recordar su muerte  
lloraba recordando le lloraste.

Con sus vírgenes ojos en Ti fijos  
tu madre te bebía la blancura,  
y toda tu pasión se trasegaba  
desde tu quieto corazón al suyo  
crucificado en infinita pena.

Con aguileños ojos contemplaba  
tu cuerpo Juan, y tras de Ti veía  
el sol de las edades y los pueblos,

# *El Cristo de Velázquez*

el hito eterno de la historia. Al verte sin vida ya, Tomás se resistía dar a sus ojos fe, y con su mano quiso tocar la nieve de la muerte de tu cuerpo. Miraba al triste piso Pedro desencantado, y de sus ojos un venero de lágrimas cayendo iba a bañar la sangre que dejaste por huella en el Calvario. Nicodemo, vergonzante discípulo de noche, desde lejos tu cruz miraba absorto, sintiendo renacersele en el pecho de nuevo el corazón. La Magdalena sólo una sola nube tras las lágrimas veía de sus ojos : todo envuelto tras negra noche. Con furor Santiago mirando a la ciudad cerraba el puño, fruncido el ceño. Esteban, tierno mozo, el de angélico rostro, recogía con piedad, cual reliquias, los guijarros con señal de tu sangre. Y entre tanto, allá en su Tarso, Saulo, el fariseo, al borde del mar jónico, sus ojos flacos hincaba con afán inquieto

Lucas,  
XXII, 62.

Juan, III, 2.

Hechos,  
VI, 15.

Hec., IX, 8-9,  
18; Gáls., IV,  
13; VI, 11;  
Tesaloricen-  
ses, II, 19.

# Miguel de Unamuno

Hechos,  
IV, 12.

sobre los rollos de la ciencia helénica,  
para ser tu Mercurio entre las gentes.  
Y a lo lejos, perdido en las tinieblas,  
el germen de Atanasio contemplando  
la luminosa oscuridad y viendo  
creado al Creador, la acción paciente,  
la infinitud finita, y humanado  
Dios para hacernos dioses a los hombres.  
Desde el cielo cayó sobre tu frente  
una gota de sangre desprendida  
del corvo pico de un ahito buitres  
que venía del Cáucaso, y tu sangre  
con la de Prometeo se mezcló.

## VIII

### M I G U E L

**C**ON alas tenebrosas las tinieblas  
los buitres infernales percutían

Daniel, X,  
13; Apoca-  
lipsis, XII,  
7; etc.



## *El Cristo de Velázquez*

del cadáver al husmo, y sus chillidos  
rasgaban el silencio; mas flamígera  
la espada de Miguel, la que la puerta  
guardó del paraíso, derramando  
rayos hacia escudo en torno tuyo,  
a esos demonios espantando. Lívido,  
y sus sierras de dientes por la envidia  
castañeteando con furor inválido,  
tentador Satanás, que es el caótico  
Archidragón, espurriando baba  
y bufando blasfemias y mentiras  
contra Ti, la razón que el caos derrite,  
de tu sangre a las raíces aterrabase;  
¡y Tú, el Hombre a Dios enarbolado,  
con el pie de tu cruz el cervigullo,  
le quebrantabas siempre triunfador!

Génesis,  
III, 15.

IX

**A**L ocaso del día en que moriste  
se acostó el sol en nubes de sangría,  
en nubes agoreras que anunciaban  
el tormentoso anhelo de los hombres.

La pobre codorniz presa en la jaula,  
a la que vino desde el mar traída,  
salta buscando libertad y vuelo  
sobre los trigos, y en sus vanos saltos  
de su prisión el techo con la sangre  
de su cabeza sella, y a las veces  
sucumbe así, de sus anhelos mártir.

¿No es acaso esa sangre del poniente  
señal del pensamiento dolorido  
de la pobre alma humana, que con saltos  
de loco escudriñar quiso la bóveda  
del cielo azul romper y ver los ojos  
de Aquel que a dar tu sangre así Te enviara

Números,  
XI, 31.

## *El Cristo de Velázquez*

como remedio de esa sangre trágica?

Ciegan, crueles, al condor de los Andes,  
lo sueltan, y el ceñudo soberano  
de las crestas, creyéndose en el fondo  
de barranca sin luz, levanta el vuelo,  
derecho, a plomo, así como guardando  
sus alas de los tormos de las rocas;  
va buscando la luz sin ojos, sube,  
no la encuentra ¡cuitado! y va subiendo,  
y llega a las alturas en que el aire  
para el vuelo y el huelgo se adelgaza;  
no logra respirar, sigue buscando  
la luz de vida con sus cuencas ciegas;  
pliega sobre su pecho que revienta  
su corvo pico y se desploma muerto.

Así del hombre el insaciable espíritu  
tras de la luz se alzó hasta las alturas  
donde no hay aire para el huelgo y vuelo  
saber buscando a trueque del ahogo;  
pero bajaste Tú, luz de la gloria,  
la vida que era luz para los hombres,  
luz que en lo oscuro brilla iluminando,  
a todo hermano tuyo que a este mundo  
a respirar el graso aire del valle

# Miguel de Unamuno

mejido con la boira de las lágrimas  
y del sudor penitencial se viene.

Con tu muerte trajiste Dios al suelo.  
y la luz verdadera has enterrado;  
con ella nos bañaste las entrañas;  
de tu sangre, que es luz, has hecho sangre  
de nuestras almas, dando vista al ciego.  
Dios antes nos cegó para traernos  
como a Saulo, camino de Damasco,  
a morir a tus pies, y con tu muerte  
darnos la luz a cuya busca errábamos  
por las alturas del mortal saber.

Hechos,  
IX, 8.

## X

### T O R M E N T A

**N**EGRO está el cielo, negro tormentoso  
— puso el abismo Dios sobre la tierra —;  
y el corazón, como la tierra seco,

Ezequiel,  
XXVI, 19.

## *El Cristo de Velázquez*

Génesis,  
VII, 11.

de sed transido, alegróse husmeando  
diluvios que le calen; no le arredra  
que arrasen chaparrones los follajes,  
que en mangas de agua se desplome el cielo;  
que estalladas las fuentes del abismo,  
y abiertas las ventanas de la altura,  
se hinchen las aguas sobre las montañas;  
que torrentes de fango repentinos  
arrastren pobres reses agarradas,  
o descuajados árboles; a barro,  
no a polvo, quiere el corazón se huela,  
y que el Señor resida en el diluvio.  
Las cascadas del negro cielo barren  
tu cuerpo y nos le limpian de su sangre,  
y el corazón se empapa con el agua  
lustral de la galerna de tu muerte.

Cuando de sed morimos, danos, Cristo,  
vendaval de aguas negras que nos calen  
el tuétano del alma; cataratas  
que el rostro nos azoten; mas no muera  
de sed el corazón aunque lo arrase  
la tormenta : le ha de arrancar a túrdigas  
la costra de la podre del pecado,  
dejándole desnudo, en roca viva.

# Miguel de Unamuno

Salmo,  
LXXXVI, 20.

Tal es su sed, anhelo de encontrarse  
desnudo, en viva roca, cara a cara  
del sol desnudo, y por el agua pena  
que del manto de tierra le despoje.  
Y están tus sendas en las muchas aguas,  
Padre de Cristo; el mar es tu camino.  
¡Roca de mar el corazón nos vuelve,  
desnuda roca que las olas batan,  
y escaldes y deslumbres desde el cielo  
con tus desenvainados rayos, Sol!

## XI

### DESNUDEZ

Lucas, II, 14

CON velo de mantillas te mostraste  
al nacer, Tú, la vida, a los pastores,  
rendido sobre el tronco del pesebre  
cuando sonó el ejército del cielo  
gloria y paz; mas ahora, ya desnudo

# *El Cristo de Velázquez*

Juan, I, 4.	y sobre el tronco de la cruz, deslumbras al Sol, que su fulgor ante Ti apaga, Luna de Dios, y a tu mudez responde la del orbe. Porque eres Tú la vida para los hombres luz, y así al morirte se quedaron a oscuras; mas tu muerte fué oscuridad de incendio, fué tiniebla de amor abrasadora, en que latía de la resurrección la luz. Corona tu desencarnación y cumplimiento de la obediencia que encarnarte hiciera.
Lucas, I, 38	«Yo soy la esclava del Señor — tu madre dijo sumisa —, según tu palabra de que se haga en mí»; y a su obediencia el Padre rendido, la Palabra que es la Vida hizo alumbrar en cuerpo a los vivientes y le envolvió de carne en los pañales.
Lucas, XXII, 42.	Y al ir a muerte esa Palabra dijo : «¡Se haga tu voluntad, y no la mía!»; y al desnudarte, Luna del espíritu, la oscuridad eterna quedó en cueros.
I Pedro, II, 2	Es tu cuerpo desnudo la Palabra, la leche racional y sin engaño; pues que no le hay en el desnudo cuerpo.

# Miguel de Unamuno

Génesis,  
II, 25; III, 10

No Te avergüenzas Tú de presentarte en carne ante tu Padre. Adán de susto se huyó de ante el Señor cuando se viera frente a su cara en cueros. Fué la ciencia de su desnudo el vengador espejo.

Gén., III, 7.

Cuando el pecado les abrió los ojos, desnudos conociéndose, zurcieron con hojas de la higuera delantales.

Romanos,  
VII, 23-24

Dónde meter su miedo Adán no supo Dios al llamarle : «¡Adán!»; pero nosotros sabemos ya esconderlo en buen seguro tras tu inocente desnudez. Nos limpia su resplandor la mancha del pecado, que a su blancor se borra. Ya desnudo vuelves al Padre como de Él saliste; por la ley del espíritu tus miembros se rigen, y tu cuerpo sin mancilla

Mateo,  
XXVII, 35.

lo es de vida. Dejas que se repartan guerreros tus vestidos, que a ese leño te han sujetado : vestirán tus ropas, mas no tu desnudez, que es la que salva. Y como flor de desnudez corona tu cabeza la henchida cabellera de nazareno, ¡tu blasón! Revista



# *El Cristo de Velázquez*

II Corintios,  
V, 4.

tu desnudez, Señor, sobrevestido  
de nuestra muerte, y que la vida lleve  
lo que en nosotros es aún mortal!

## XII

### BALANZA

**T**U Padre, con sus manos tenebrosas  
bajo las tuyas, que la sangre alumbra,  
tiene a tu cruz la inmensidad cubriendo,  
como balanza de pesar estrellas.

Isaías, XL, 12

Da libertad tu diestra ya enclavada,  
y a la igualdad nos citas con la mano  
del corazón, que te igualó a nosotros  
— siendo las dos un mismo travesaño —;  
y entre ambos brazos de la cruz al cielo,  
como retoño, de tu pecho sube  
de la fraternidad la fuerte viga,  
de tu lecho de muerte cabecera

# Miguel de Unamuno

y sostén de la gloria. Y es un trébol  
lo copa de tu cruz, que en lozanía  
trasunta al triple Dios. El infinito  
sostienes Tú, y del linaje humano  
la unidad: por tu cuerpo hermanos somos  
y de tu padre hijos. Brilla el pliego  
donde astuto Pilatos pretendiera  
de tu realeza atestiguar el rango  
sobre la cabecera de tu féretro.

Juan, VI, 15

Te hizo la muerte rey, a Ti, que huíste  
de serlo proclamado por las turbas  
cuando saciaste su hambre con tu don.

## XIII

### R E Y

Juan, VI, 15

**C**UANDO después de haberles aumentado  
los peces y los panes te querían  
proclamar rey las turbas, te esquivaste

# *El Cristo de Velázquez*

Juan,  
XVIII, 36.

a la montaña solo, pues tu reino  
no estaba en este mundo; mas la Muerte  
te hizo Rey de la Vida. Tu anatema  
con triple lengua : *Jesús Nazareno,*  
*de los judíos rey,* sobre tu solio,  
de pasión dícenos. De soledades  
blanco Rey solitario, rey desnudo,  
por la gracia de Dios y de la muerte :  
que es tu trono la cruz, y tu corona  
cerco de espinas es que te recoge  
la negra cabellera y a tu frente  
le arranca sangre de sellar tus párpados.  
De la zarza que ardía en el desierto  
de Horeb, monte de Dios, sin consumirse,  
se tejió esa corona de realeza  
que irradia en torno de tu tenebrosa  
cabellera de noche como un nimbo  
de las centellas, hijas de la sombra  
de tu dolor, que es pensamiento vivo.

Doblas tu frente al peso de la sombra  
del humano destino; tu diadema  
de espinas son proféticas visiones  
de cómo han de vestirse tus doctrinas,  
por las que te han de hacer rey de este mundo.

# Miguel de Unamuno

Esas gotas de sangre de tu frente  
son gotas del sudor del pensamiento  
que se ve de antemano trastrocado,  
gotas de la más íntima pasión.

## XIV

### DEL SINAÍ AL CALVARIO

**E**L temor del Señor, de las tinieblas  
arranque es del saber; mas la confianza  
en Ti, Jesús, luz de la vida, es colmo  
de ese saber. En la ceñuda cumbre  
del rocoso Siná, tu Padre envuelto  
tras negra nube, erizo de relámpagos  
— cual horno el monte humeaba estremeciéndose —

«¡Soy el que soy!», tronaba al pueblo al darle  
las tablas de la ley que hace el pecado.

Mas Tú en la cumbre del Calvario humilde,

Éxodo, XIX,  
16-18.

Romanos,  
III, 20.

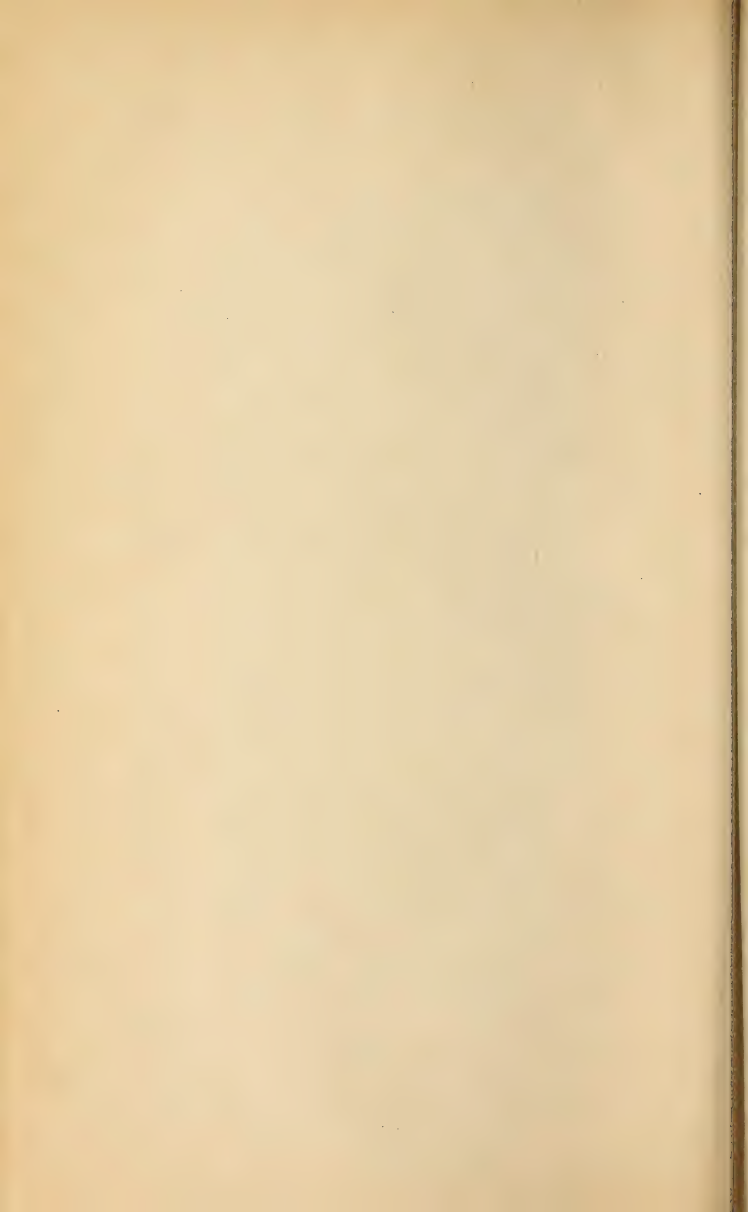
## *El Cristo de Velázquez*

Juan, XV, 5.

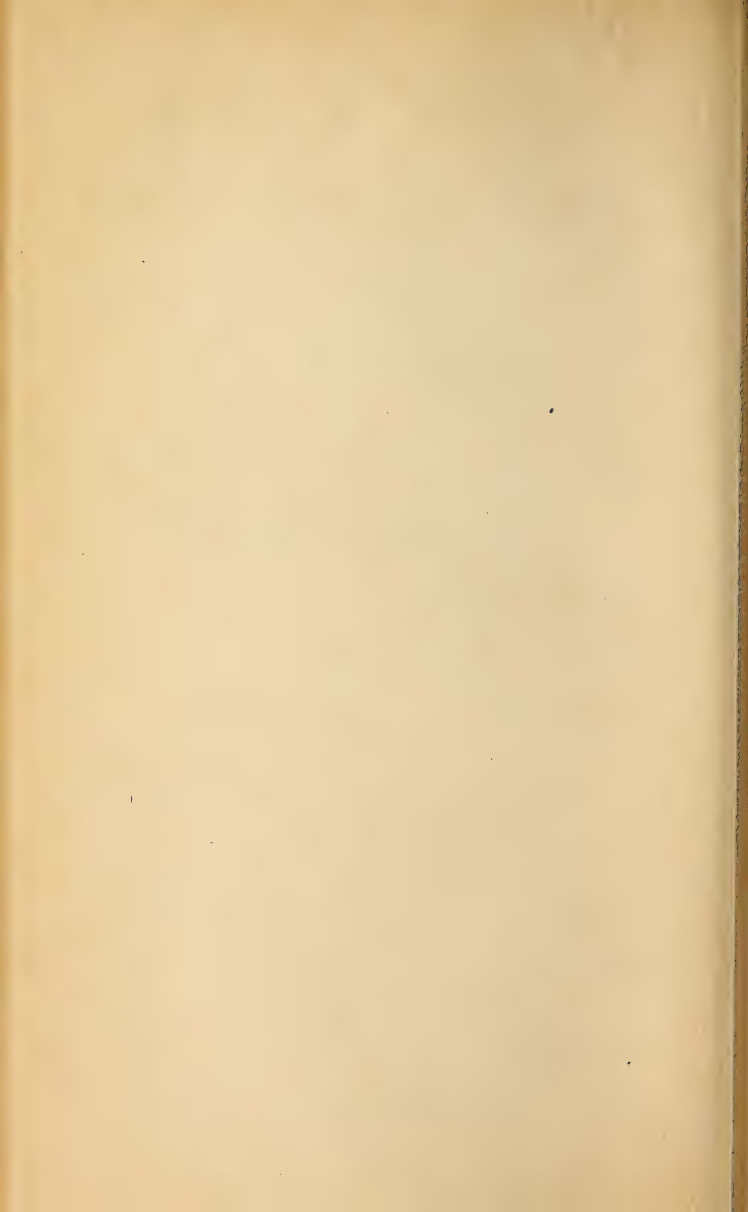
mansa colina de dolor y sangre,  
barriga de tu patria, que preñada  
de insondable pesar, la cruz pariera;  
desnudo, al sol, sin nubes y en silencio  
dándonos gracia que redime, dices :

«¡Yo soy la vid, vosotros los sarmientos!»

La muerte apacentando y el cariño  
con la sagrada humanidá abrevando  
como río de leche la paz dulce  
van entrando en los abismos de nuestra alma.  
Ya no tememos al Señor, tu Padre,  
el Calvario de amor cuai sol percude  
del Sináí las nubes y nos muestra  
la sonrisa del cielo, que es el nido  
donde nuestra esperanza irá a parar.



TERCERA PARTE







I

## EL RÓTULO

Juan,  
XIX, 22.



o escrito, escrito está!», dijo Pilatos cuando el cartel sobre Tu frente puso. Y hablas, Tú, la Palabra, con tu muerte sin ruido de aire, en el silencio negro, y dices la blancura de tu vida de luz que nunca acaba. Cae tu lumbre silenciosa en nosotros, copo a copo, como la nieve blanca que se posa sobre la yerba verde; cae tu sangre gota a gota en nosotros; no se escurre, y empapa el alma. Como yerba, humildes, tu nevada de luz, las manos quedas, queda la mente, el corazón latiendo,

# Miguel de Unamuno

cual la nevada blanco y silencioso  
te recibamos. De tu luz los rayos,  
aun dormidos taládrannos los párpados,  
los rayos de tu luz, y alumbran sueños.

La luz que te rodea es el espíritu  
que fluye de tu Padre, el Sol eterno,  
las tinieblas rompiendo, y a nosotros  
de Ti, su luna en nuestra noche triste.

Génesis, I, 2

Espíritu de Dios que se movía  
sobre el abismo de aguas tenebrosas  
cuando mandó Quien es : «¡Hágase lumbre!»;  
y del seno brotó de las tinieblas

II Corintios,  
IV, 6.

el Espíritu-Luz, que de tu rostro  
nos trae al corazón vivo trasunto  
del Mismo a cuya imagen se nos hizo  
y a cuya imagen, Tú, le hiciste lumbre.

Y esa luz es amor y ella nos funde;  
nos funde y meje de tu iglesia eterna  
la humanidad divina, en las entrañas.

Génesis, I, 7

Viste la luz tu desnudez, diamante  
de las aguas de encima de los cielos;  
¡al tocar en tu cuerpo las tinieblas  
se escarchan en blancor de viva luz!

# *El Cristo de Velázquez*

## II

### CORONA

COMO en el cielo de la noche el trecho  
del áureo camino de Santiago  
— polvo de estrellas —, va sobre tu frente  
la corona de espinas irradiante  
de luz. Nuestros pecados son las púas  
que hacen brillar la sombra de azabache  
de tu cabeza en nimbo. Sacan chispas  
de sol nuestros pecados en las sienes  
del Verbo, del troquel de nuestras almas,  
carne que oye, que ve, que toca y siente.  
Cerca de resplandor a nuestras almas  
de Dios la gloria que en el seto brilla  
de tu diadema, que es el solo arreo  
con que te tocas, y aunque amedrentándose  
préndanse de él. De tu corona aguda

Lucas, II, 9.

## *Miguel de Unamuno*

te iban los peregrinos arreaques  
surcadores del cielo, las espinas  
quitándote piadosos, y en su pago  
los hiciste inmortales a los ojos  
del pobre pueblo fiel, a quien le pían  
la eterna mocedad en primavera,  
del recuerdo de abuelos sonsacándole  
rica esperanza de remotos nietos.  
Y la fruta del árbol de la ciencia  
del bien y el mal, la que ha de hacernos dioses,  
su rojo jugo da entre esas espinas.

¡Oh, feliz culpa, de la ciencia madre  
— la ciencia no es sino remordimiento —,  
fuente de redención, culpa fecunda,  
tú hiciste el Verbo carne, esto es : conciencia,  
carne que toca y siente, que oye y ve!

# *El Cristo de Velázquez*

## III

### C A B E Z A

*E inclinando la cabeza...*

Juan, XIX, 30.

**S**OBRE tu pecho la cabeza doblas  
cual sobre el tallo una azucena ajada  
por el sol; dobla tu frente ebúrnea  
de la ciencia del mal la pesadumbre.  
Tu rostro como oculto y despreciado  
con la vergüenza del común linaje.  
Dormido de dolor sufres del mundo  
todo el pesar. El mal que obran los hombres  
sólo Tú en sus raíces lo conoces,  
y a Ti te pesa, pues que te lo apropias  
con tu visión de su más honda peste  
— pues se hace el alma aquello que conoce —.  
Con tu visión de amor a cuyo atisbo

Isaías, LIII.

Lucas,  
XXII, 45.

# Miguel de Unamuno

II Corintios,  
V, 21.

nada se escapa, envuelves al pecado,  
y al perdonar al hombre de su culpa  
no te perdonas a Ti mismo, el único  
hijo del Hombre de pecado libre,  
mas el único, Tú, que lo comprende.  
Y así tomaste sobre Ti el pecado,  
del bien y el mal la triste ciencia amarga,  
la que te hace ser dios siendo al par hombre,  
pues te has hecho pecado por nosotros,  
y el cielo pueblas de almas que le arrancas  
al mundo, de energías al ladrón.

## IV

### M E L E N A

**S**OBRE tus hombros cae como cascada  
de vida desbordante tu melena  
virgen de nazareno, esa gavilla  
morena de opulencia, a la que nunca

Jue., XVI, 17;  
Núms., VI, 5;  
Cans., V, 11.

## *El Cristo de Velázquez*

tocó navaja. Fuiste desde el vientre  
de tu Madre, a tu Padre consagrado,  
nuevo Sansón, y es de tu fuerza símbolo  
ese apretado haz de tus cabellos  
como tus fieles que en mechones vivos  
se apoyan en tu pecho. De la cumbre  
del Tabor libres brisas los mecieron,  
y en madurez del fruto de la palma  
los tostaron los soles peregrinos  
por entre el rubio polvo de Judea.  
En el Jordán sobre ellos de las manos  
de Juan el agua al sol batida, clara,  
corrió como hoy tu sangre. Cual el verde  
blando follaje que del sauce cuelga  
sobre el terso cristal de la laguna  
donde se espeja inmaculado el cielo,  
sobre tu blanco pecho sin respiro  
donde se dobla la quietud divina  
del solar de tu Padre, tus cabellos  
colgando están de la abatida frente.

Cernían las quejumbres que a tus oídos  
los hijos de la tierra disparaban,  
y tañían los ángeles en ellos  
recuerdos de los seis primeros días

# Miguel de Unamuno

Juan, I, 3.

en que, por Ti, tu Padre creó el mundo  
— y lo creó contigo, la Palabra —,  
mientras Tú de camino ibas fraguando  
sueños del cielo. Solo entre los hombres  
conocías igual que el justo número  
de las estrellas el de tus cabellos,  
y ni uno fué a volar libre en el cielo  
sin que Tú lo supieras. Nadie sabe  
sino Tú del amor todo el empuje.

Lucas, XII,7

Génesis,  
IX, 13.

Libres al aire libre recogían  
las perlas del rocío de alborada  
sobre que el sol hizo brillar chispazos  
del arco celestial de la promesa.  
Ellos fueron tu almohada en los caminos  
al recostar sobre la tierra dura

Mateo, VIII,  
20; Lucas,  
IX, 58.

tu cabeza; las zorras madriguera,  
nido las aves tienen, mas no albergue  
tuviste Tú, divino pordiosero.

II Corintios,  
VIII, 9.

Pobre te hiciste, por nosotros, ricos  
con tu pobreza. Al aire tus cabellos,  
de tu indigencia y tu poder corona.

Marcos,  
XIV, 3.

Sobre ellos derramó María el bálsamo  
de nardo oliendo a amor, y así le ungió  
para el sepulcro, pues María sabe

Lucas, X, 42



# *El Cristo de Velázquez*

tomar la buena parte y que la eterna  
dicha en tenerte a Ti sólo consiste.  
Y cual zarcillos de la vid prendiéndole  
del corazón, tras de su cruz de pena  
la arrebataron. Y por ellos, garba  
de luto, resbalaron por el huerto  
del olivar los densos goterones  
del sudor de la angustia del espíritu,  
y cayendo a la tierra dolorida  
mezcláronse al sudor con que en castigo  
Adán mojará el pan de su trabajo.

Ellos, bajando en apretados rizos,  
negros como el abismo de los cielos  
en las cerradas noches misteriosas,  
rozaron como brisa de ultramundo  
de Juan la frente, cuando recostaba  
su cabeza en tu seno al despedirte  
la noche de la cena; allí sembraste  
las visiones de Patmos, la doctrina  
de la Palabra que se encarna en hombre.

Y ahora abrazando al templo de la muerte  
con tus dos brazos a la cruz clavados  
lo derrumbas a tierra, y sus sillares  
vida al darnos la muerte nos darán.

Juan,  
XIII, 23.

Jueces,  
XVI, 28-30.

V

F R E N T E

Tu frente es el hastial de la basilica  
que es tu cuerpo, y al sol de los caminos  
se atezó; frente al cielo y las montañas  
empolló tus celestes pensamientos,  
que brotaban cual flores de los campos  
— clavelinas, magarzas, amapolas... —,  
en primavera nueva nuevas flores;  
y no perlas — guijarros relucientes —  
recias y escuetas que una vez talladas  
engarza en aderezo el lapidario.  
Paradojas, parábolas y apólogos  
floreaban lozanos de tu boca;  
no silogismos, no pedruscos lógicos  
al cuello de la muerte cual collar.

# *El Cristo de Velázquez*

## VI

### R O S T R O

Mateo,  
XXVI, 39.

**E**SE tu rostro, espejo de la gloria,  
cayó sobre la tierra, y la besaste,  
madre, por despedida en tanto el beso  
de tu Padre envolvióte la angustia  
del oprimido pecho. Y de la tierra  
tu sudor enjugó el polvo besándolo,  
con ansia de abreviar a los olivos  
que oían tus sollozos. Su follaje  
temblaba sobre Ti, junto a las alas  
del Ángel del Dolor. Y tú pedías  
que te apartara el cáliz de la pena.  
Mas no, mi Adán, que con sudor de sangre  
regando nuestra tierra, has de ganarnos  
el pan de nuestra vida. Confortándote  
buscabas cobrar bríos en la lucha

Lucas,  
XXII, 42, 44

# Miguel de Unamuno

Juan, IX, 6.

con el sufrir, al toque de la tierra,  
granero de dolores. Te faltaba  
para hacerte más dios pasar congojas  
de tormento de muerte. Así besaste  
de corazones que en amor latieron  
antaño la ceniza. Así besaste  
el polvo que mejido a tu saliva  
dió vista al ciego. Por la tierra vemos  
— yeldada por el jugo de tu lengua —,  
con la que hablara el Verbo; por el barro  
de que nos hizo Dios, y por la tierra,  
viste el abismo de nuestra desgracia.  
Con tierra, por tu Verbo hecha divina,  
veremos los misterios de ultratumba,  
los ojos restregándonos. No escondas  
de nosotros tu rostro, que es volvernó,  
chispas fatuas, a la nada matriz.

Salmo, XII,  
1; XXVI, 9;  
XLIII, 24.

# *El Cristo de Velázquez*

## VII

### O J O S

**E**SPERANDO a tu Padre se velaron  
tus dos luceros de mirar, tus ojos  
como palomas cándidas; no surge  
ya de su hondón aquel aquietamiento,  
domeñador de torpes apetitos,  
que forzaba a doblar mustia la frente  
del que acusaba hipócrita a su prójimo,  
del que viendo la paja en ojo ajeno,  
no en el propio la viga, en ti buscaba  
—diablo—, no al Redentor, al Juez. Temblando  
cual bermejo rocío en tus pestañas,  
perlas de fuego se estremecen líquidas,  
y atravesando el cierre de los párpados  
contemplas con miradas tenebrosas  
el verdor de la tierra, que a tus venas

Cantares,  
I, 15.

Lucas, VI, 41

# Miguel de Unamuno

Job, VI, 4.

les dió su jugo como brasa rojo,  
y escudriñan tus ojos los rincones  
de nuestro corazón, donde nos clavas  
de tu corona las espinas. Eran

Lucas, XI, 34

tus ojos, como el cielo azul, azules,  
las luces de tu cuerpo, que sencillos  
y claros te lo hicieron luminoso,  
y castos castigaron cuanto vieron;  
y sus niñas, más negras que la noche  
sin luna y sin estrellas, te brillaban  
con el fulgor divino del abismo  
de las tinieblas; y ahora el velo blanco  
de los caídos párpados, las alas  
de esas palomas que volaban siempre  
hacia su nido celestial, con sello  
de sangre sella tu mirar. Perdonas  
sólo mirando. ¡A Pedro le miraste  
del gallo al canto, y él lloró su culpa  
al ver tus ojos hartos de perdón!

Lucas,  
XXII, 61.

# El Cristo de Velázquez

## VIII

### OREJAS

*Ten misericordia de mí y oye  
mi oración.*

Salmo IV, 2.

Salmo,  
XCII, 9.

**V**ÉLATE la melena las orejas,  
cual por misterio que trazó tu Padre.  
No estriba nuestra fe en lo que nos dice,  
mas si en nos oye. ¿Será el Padre sordo  
no siendo mudo? Pues los cielos narran  
la gloria del Señor en las alturas,  
¿de nuestras bocas no han de oír los ruegos  
que suban a ellas? ¿Para qué doliente  
plañe en la costa el mar, y canta el pájaro,  
si la bóveda azul del sol, oído  
de tu Padre, se cierra a nuestras voces  
de congoja? Recatas tus orejas

Salmo,  
XVIII, 2.

# *Miguel de Unamuno*

de nazareno bajo el velo virgen,  
pero ellas nos escuchan. Son dos rosas  
que se abren al rocío del lamento  
fugaz de nuestra nada; son dos conchas  
marinas que recogen los sollozos  
de las olas de lágrimas del piélago  
de la noche, que oyen la sed y el hambre  
de vivir para siempre. ¡La Palabra,  
por sólo serlo, no puede ser sorda,  
que vive de ellas, y de ruegos Tú!

## IX

### N A R I Z

Y entre esos ojos que se pliegan brilla,  
cual un cuchillo, tu nariz; su corte  
como raza de luz, de las tinieblas  
arrancada. Fué tu postrer respiro  
por ella dado, doblgado el pecho,



## *El Cristo de Velázquez*

Éxodo XV,8

y cerrada tu boca al dar el grito  
supremo de la vida. Con el soplo  
final de tus narices los abismos  
cuajaron en el mar. Como la quilla,  
la nariz es la que da al rostro humano  
su nobleza, basada en derechura,  
y el caz por donde llega a nuestros pechos  
el aire de los cielos, el más puro  
mantenimiento del vivir. Por ella  
cribado al sol tomaste el aire libre;  
por ella los perfumes magdalénicos,  
cual sahumero de piedad tributo,  
del hedor farisaico te libraron.  
Y al arrumbarse su cuchilla muestra,  
cual fiel de su balanza, la cabeza  
doblada al peso muerto de la muerte  
y encima de la llaga del amor.

X

M E J I L L A S

Juan,  
XVIII, 22.

CON manos desmandadas te chafaron  
de las mejillas el rubor supremo,  
marchitándotelas, y de las lágrimas  
la sal las escaldó, y como calina  
enlutaron ojeras a tus ojos  
dolidos de mirar. Pues te angustiaba  
recibir bofetones de la cruda  
cría de las entrañas de la tierra,  
sin labra de cultura, en que la sangre  
del sol no ha madurado: cimarrones  
desalmados que ignoran lo que se hacen,  
y en la loca embriaguez del torpe juego  
revolcándose en fango entierran flores,  
huyendo de la luz; cepa bravia  
sin tu injerto, cultivo de la gracia;

Lucas,  
XXIII, 34.

# *El Cristo de Velázquez*

vil chusma de sayones a salario.  
Fueron las rosas de tu faz juguete  
del brutal regodeo de esos faunos  
de lobreguez engendro. Se reían  
del Hombre escarneciéndole sañudos  
con befas. Triste risa que esparciera  
los arreboles del bochorno en medio  
del engarce del par de tus dos labios  
con el par de tus ojos; ¡triste risa  
la bestia sobre el hombre al relinchar!

## XI

### O B E D I E N C I A

CON imperiosa sencillez colgando  
— la majestad de la obediencia entera —  
sin contorsiones y sin crispamientos,  
como el pendón de Dios que a la batalla  
nos lleva sobre el humo de la pólvora,

## *Miguel de Unamuno*

en batallón cerrado. Tu postura lo es de obediencia pura, libre y noble; no la del siervo Adán cuando a la tierra dobló su frente y la regó en trabajo, su libertad vendiéndole al demonio de precio vil a trueque. En pie, cual hijo que responde a su padre, libremente, como tu cruz arrecho, con los brazos de par en par abiertos, demostrando ni arma celar ni engaño de tus pechos en el cristal desnudo. Tú, obediente — que es obediencia la Razón — cual súbdito del Amor, te cobraste, y de las garras de Satán para el hombre rescataste la libertad, que es de la ley conciencia, que al conocerla se la da a sí mismo quien la conoce. Tu cuerpo desnudo nuestra ley es de libertad divina. Tú, la razón que está, y no se mueve; no te mueves, estás; eres el Verbo colgando como cuelga un estandarte por entre cielo y tierra, cual plomada, sin doble de protesta. Porque has muerto de pie, como hombre, no acostado en tierra

## *El Cristo de Velázquez*

Génesis, IX.

como una bestia; cual columna erguida.

Y te alzas cual la torre en que los hombres han de aprender a hablar un solo idioma :

la lengua del espíritu, que canta

la gloria del Señor, y que se viste

Hechos, II.

con la flor de entender de cada pueblo,

y arrimándonos, madre, al oído

del corazón, nos besa y habla quedo

en nuestras sendas hablas solariegas.

En Ti, Jesús, se hace uno tu linaje,

y todos comulgamos en tu verbo.

Cocieron tierra para alzar la torre

de Babel los librados del diluvio,

mas Tú el cuerpo endureciste al fuego

del amor, que hace de él vivo diamante.

I Reyes,  
VI, 7.

Y al hacerse tu torre no se oía

ruido de arte : tallados sus sillares

bajaron desde el cielo sobre Ti.

XII

C U E R P O

**E**s tu cuerpo el remanso en que se estancan  
las luces de los siglos, y en que posan  
— ¡eternidad! — las fugitivas horas.  
Tu corazón, clepsidra de la vida,  
dando su sangre se paró, y hoy cuenta  
la eternidad, que es del amor el rato.  
El tiempo vuelve sobre Ti en tu seno,  
el ayer y el mañana en uno cuájanse,  
y el principio y el fin fúndense en uno.  
Tu cuerpo, la corona del tejido  
regio del Universo, es su modelo;  
coto de inmensidad, donde los hombres  
la tímida esperanza cobijamos  
de no morir del todo. Eres el tronco  
del humano linaje; eres la cepa

# *El Cristo de Velázquez*

Juan,  
XIX, 33-36.

de que sarmientos son sobre la tierra  
los pueblos que trabajan y combaten  
sin saberlo buscándote. ¡Tú, el Hombre,  
del Universo rey! Bajo del manto  
blanco, desnudo y regio, de tus carnes  
el armazón de tu osamenta vemos,  
del mundo fábrica; de lo creado,  
sustento y molde y proporción. ¡La muerte  
tus huesos no desvencijó; sillares  
de la torre, cimiento en que se apoya  
la morada de Dios, la Creación!  
¿No es tu esqueleto el rojo ese encendido  
vasto rosario de constelaciones?

## XIII

### P E C H O

**D**E brazo a brazo se abre sin engaño  
tu pecho todo, del amor dehesa;

# Miguel de Unamuno

de tu agonía en la tremenda embuelza  
el infinito abarcas en las lindes  
del camino del sol que no se pone  
ni sale nunca. Y es que con tus brazos,  
orto y ocaso, cuanto vive tomas,  
divino Atlante, y no sobre tus hombros,  
sino sobre tu pecho lo encaramas  
hasta los cielos. Que es peldaño inmoble  
de fortaleza, donde el mundo asiéntase  
sobre el umbral de Dios. Sobre tu pecho  
la Creación en el Amor se estriba,  
de la gloria escabel. Se mantenía,  
sin haber Tú nacido, en el vacío  
nuestra madre la Tierra, vacilante,  
colgando sobre nada; y hoy descansa  
sobre el seno del hijo de su seno,  
que eres puntal del mundo. Recia fábrica  
dentro de este tu pecho, de costillas  
viriles como aquellas de que hiñera  
tu Padre a la mujer, porque eres, Cristo,  
de nuestros huesos, hueso. Y en tu pecho  
como de campo a campo entró a sus anchas  
el aire que cernieron los olivos,  
y el que a la tierra como un manto envuelve

Job,  
XXVII, 7.



# *El Cristo de Velázquez*

y azul el cielo a nuestros ojos pinta  
como regalo. Cual el blanco océano  
palpitaba al respiro de la vida;  
como el mar blanco al sol, en oleadas  
de amor, mientras vivió; y ahora duerme  
calma de paz en reposo mortal.

## XIV

### A I R E

*Expiró...*

Lucas, XXIII, 46.

**L**AS brisas que hoy sobre las mieses ruedan  
enfusándoles sol a nuestros panes,  
las que funden las nieves de las cumbres  
y en el follaje de la selva mecen  
sueños de soledad, y las que entonan  
canción de cuna sobre el mar redondo  
a la tierra que abrasan con sus olas,

# Miguel de Unamuno

suspiros fueron con tu pecho amante  
y de sus faldas tus palabras vivas  
rompieron a volar como de un nido.  
Tú, la Palabra, sin el aire, muda.  
Entraban de rondón en tus pulmones  
como en su propio hogar, y recogiendo  
el vapor de tu sangre, se lo daban  
en rocío a las flores campesinas.  
La última oleada de tu pecho rosa  
rompió en fría quietud, ¡y se quedaron  
sin aire tus pulmones; tu respiro  
lo sorbió el de tu Padre : arroyo al mar!

## XV

### O S A M E N T A

*Dios, mi roca.*  
Salmo CXLIV, 1; XVIII, 2.

**T**RAS este velo de tu carne anúnciase  
la osamenta, la roca de tu cuerpo,  
que es hueso de los huesos de la tierra,

Génesis,  
II, 23.

# *El Cristo de Velázquez*

I Corintios,  
XV, 14.  
Salmo XVII,  
3; Deuteronomio,  
XXXII, 4.

Píndaro, Pí-  
tia, VIII, 136

Cantares, V,  
4; Isaías,  
XXVI, 19.

que es roca de la roca de tu Madre.  
Y si no floreció, muerto, tu roca,  
es vana nuestra fe, esta imagen vana,  
es infinita vanidad el mundo;  
como sombras que posan nuestros días,  
y el hombre no es ni sueño de una sombra.  
¿Vendrás, Señor, en carne y hueso al cabo  
de los días mortales, y al conjuro  
de tu voz, como ejército, a la Tierra  
la matriz retemblándole, los huesos  
de los que duermen en su fuerte polvo  
despertarán cantando? Y el rocío  
de tu sangre a esos huesos levantados  
¿los hará florecer en viva carne  
donde vuelva el recuerdo? Que el recuerdo,  
Señor, es el espíritu; y dormirse  
sobre la almohada del recuerdo es vida  
que vale lo que cuesta. Es la memoria  
flor de la eternidad; es sobre el hueso  
de tomo y peso idea-carne, y Tú eres  
la memoria de Dios, el libro abierto  
de los vivientes; Tú, de Dios la carne  
sobre los huesos de la tierra has puesto;  
¡nuestra roca y aliento has sido Tú!

# Miguel de Unamuno

## XVI

### B R A Z O S

**B**AJO las blancas alas de tus brazos, <sup>A</sup>  
abiertos como están los de una madre <sup>B</sup>  
que guarda al niño en sus primeros pasos, <sup>A</sup>  
cual la gallina ampara a sus polluelos, <sup>A</sup>  
nos recoges. Cual de la dulce muerte <sup>C</sup>  
alas que a vida llevan tus dos brazos, <sup>A</sup>  
ábrense; se abren cual las velas cándidas <sup>D</sup>  
de tu divino corazón que boga  
por sobre el mar sin fondo y sin orillas  
de allende esta visión. Son las dos alas  
lumínicas de Dios tus blancos brazos,  
los remos del Espíritu que flota  
sobre el haz de las aguas tenebrosas  
del dolor de vivir. A un lado y otro  
tiendes tus brazos, Sembrador que siembras

Lucas,  
XIII, 24.

Génesis, I, 2

## *El Cristo de Velázquez*

Apocalipsis,  
XIV, 14.

tu sangre en nuestros corazones; brotan  
en ellos lirios de blancura. ¡Luego!  
con esa mano misma con que siembras  
has de lanzar desde la blanca nube  
donde te asientas la segar a tierra  
para segar tus mieses ya en sazón!

### XVII

CON ESOS brazos a la cruz clavados  
has hecho, Maestro carpintero, casa  
de Dios a nuestra pobre tierra, dándole  
morada en nuestro suelo. Cuatro clavos,  
hijos del arte humano, te enclavijan  
al árbol de tu muerte y vida nuestra,  
formándole a tu Padre en nuestro suelo  
solar de amor. Y aquí sueña y descansa,  
su celeste cabeza, en la que el Verbo  
mora increado, como en almohada  
recostando en tu pecho, y a tu toque  
siéntese hombre, que es del todo el fin.

XVIII

T I E R R A

Éxodo  
XVII, 8-16.

**M**IENTRAS tienes los brazos levantados,  
los suyos Amalec deja abatidos,  
y el triunfo piso a nuestros pasos pone,  
y en nuestras frentes cielo. Y Tú en la cumbre  
tu cruz levantas, de Moisés la vara,  
no con la diestra, con el cuerpo todo,  
que están los serafines sustentando.  
Eres bandera del Señor, bandera  
de carne humana que tejió en el seno  
de nuestra Madre Tierra el Santo Espíritu.

Tierra, divina Tierra, Madre nuestra;  
tú, la esclava del sol, estrella oscura;  
tierra virgen, en nubes embozada :  
son tus montañas maternas pechos  
de donde baja a las sedientas vegas

## *El Cristo de Velázquez*

agua del cielo, y de tus verdes bosques  
el follaje de sombra a nuestros sueños.  
Es tu regazo de mullida yerba  
para dormir sin fin cuna del alma,  
y tu seno que pan nos da, dió al Justo  
su carne, cebo de la Muerte avara;  
¡tierra panera, le pariste tú!

### XIX

#### H O M B R O S

Lucas,  
XV, 5.

**T**us hombros cual alcores soleados  
donde a la sombra de tu cabellera  
— follaje perfumado — y al socaire  
sestean las ovejas del rebaño  
de tu Padre; blandos cerros redondos  
para tenderse a apacentar la vista  
con la visión del valle de tu pecho  
de infinitud viviente coronado,

# Miguel de Unamuno

y a dormir a la sombra del Espíritu  
creándonos el alma agusanada;  
¡médanos que del mar caliginoso  
donde al alma se ahoga, que es tu Padre,  
la espuma susurrante nos orillan  
en que asidos de Ti, poder flotar!

## XX

### M A N O S

**T**us manos, las que abrieron a los ciegos  
los ojos, los oídos a los sordos;  
las que a la hija de Jairo levantaron;  
las que en toque de amor como una brisa  
de los niños las sueltas cabelleras  
acariciaron; las que repartieron  
en tu cena nupcial al despedirte  
tu pan que era tu cuerpo, hoy son dos fuentes  
que manan sangre. Cae sobre los ojos

Lucas,  
IV, 40.

Mateo, IX,  
25; Marcos,  
V, 41; Lu-  
cas, VIII, 54



## *El Cristo de Velázquez*

de los que ven; cae sobre los oídos  
de los que oyen; sobre los cabellos  
de los niños también. Y llueve sangre  
de las manos del Cristo taladradas  
a tierra que fué manos pedigüeñas  
antaño y aún a Dios se alzan pidiendo  
que les devuelva pordiosera vida.  
¡Y con ellas apuñas sendos clavos  
manejando los remos de tu cruz!

### XXI

#### DEDO ÍNDICE DE LA DIESTRA

**E**L dedo acusador de tu derecha  
desde el guión del leño nos advierte  
lo que hay escrito en el eterno libro  
de la vida. Sólo una vez y en tierra  
escribiste, Jesús, Tú, la Palabra,  
sobre el polvo que pisan los de barro

Juan,  
VIII, 8; etc.

# Miguel de Unamuno

Juan,  
IX, 6.

Lucas,  
XI, 20.

y sin tinta ni caña, con tu dedo  
desnudo, el que tocó suave los párpados  
del ciego y le sanó. Fué una mañana,  
y al hacerlo humillándote hasta tierra  
te encorvaste. Y el dedo que escribía  
fué aquel dedo de Dios con que arrojaste  
a los demonios.

¡Que en el polvo leve  
leamos la lección de la conciencia,  
la que trazó tu dedo al doblegarte  
sobre la tierra, que es tu libro abierto  
y vivo y santo! Al escribir en ella  
mostraste la humildad del ministerio  
de escritor arregándote.

La adúltera,  
sobre el polvo su vista, a que velaban  
lágrimas de dolor, ibase sola  
con los brazos cruzados sobre el seno,  
guardando en él de tu perdón la prenda,  
como una madre apechugando al hijo  
recién nacido.

¡Que mi nueva pluma  
sobre la tierra de mi patria escriba  
del perdón que nos dejas la lección!

# *El Cristo de Velázquez*

## XXII

### LA LLAGA DEL COSTADO

Poema del Cid, versos 352 a 356.

Juan,  
XIX, 34.

**A**quí la boca que te abrió la lanza  
para que hablase tu pasión con sangre,  
candada la otra. Ciego era Longinos  
que nunca nada vió : dióte en el pecho,  
donde saltó su sangre y resbalando  
por el astil abajo, hubo de untarse  
con ella ambas sus manos, levantólas,  
se las llevó a la cara, abrió los ojos,  
miró a en su torno, en Ti creyó, y es salvo.

Ezequiel,  
I, 27.

Veta de fuego ese rubí que al ámbar  
de tu pecho encandece; de la hoguera  
que acendró tu pasión, respiradero;  
surtidor donde el alma que en el páramo

# Miguel de Unamuno

Salmo  
XLI, 3.

va perdida, su sed de Dios apaga;  
del Dios viviente y del Amor gotera  
que horada hasta el más duro corazón.

## XXIII

### VIENTRE

Lucas, VII,  
34; V, 2.

Cantares,  
IV, 14.

Salmo  
XXXIX, 9.

**T**u vientre en que cocieron los manjares  
de tu cena postrera, pues comías  
y bebías como hombre, entre los tuyos;  
tu <sup>o</sup>vientre de marfil y con zafiros,  
un escudo es bloqueado que protege  
de tu hombría las raíces animales,  
y de que sacas jugo al cuerpo. Santo  
tu boca vuelve a cuanto masca y traga,  
sangre al vino y al pan le vuelve carne.  
En medio de él la ley de Dios estaba,  
de para su servicio conservarnos.  
En tu vientre, cual bloquea de un escudo

## *El Cristo de Velázquez*

de tu blanco en la diana, está la sombra  
—mancha de sol— por donde fué tu cuerpo  
con el materno uncido; recibiste  
por ella el jugo de la tierra madre,  
la sangre del rescate del pecado.  
Sello es de tu davídico linaje,  
pregón de humanidad, muga que marca  
donde el reino de Dios toca el del hombre  
y se colindan. Es tu ombligo el centro  
y es del eje del universo el boje.  
Los nueve oscuros meses que en el vientre  
de tu Madre viviste de tinieblas  
recibías la sangre del rescate,  
la sangre humana que pagó la culpa,  
del seno de mujer, de carne de Eva.  
Esa mancha nos cuenta que naciste  
como al dolor nacemos los mortales,  
Tú, también, pobre germen encerrado  
dentro oscura prisión de humano seno,  
y que del sueño prenatal gustaste  
la inconciencia, portada de la vida,  
probando la materia tenebrosa,  
que es el espanto del que ser ansía.  
¡Del calvario en la cima un agujero

# Miguel de Unamuno

picó la cruz al ser plantada en tierra,  
ombligo por donde entra a nuestra madre  
tupida de dolor, sangre de Dios!

## XXIV

### V E R I J A

Isaías,  
XI, 5.

Juan,  
XIII, 5, 10.

Lucas,  
XII, 35.

**D**EBAJO de ese velo de misterio  
que luminoso tus riñones ciñe  
— y el lienzo es que enjugó de tus apóstoles  
los pies lavados, con que el hombre todo  
se queda puro —; bajo de ese velo  
— ceñidos los riñones como en marcha —  
la fuerza del varón, Señor, se esconde.  
De la Eva de la gracia, madre virgen,  
en las entrañas Tú, Adán de gracia,  
carne de padre pecador, tomando  
virgen la diste de la cruz al lecho.  
Y engendraste al morir. Cristo, tu muerte

## *El Cristo de Velázquez*

Éxodo  
IV, 25.

fué lo que te hizo padre de la vida  
de la gracia, tu muerte la primicia  
de tu virilidad; con ella al cabo  
la Humanidad esposa conociste  
y su esposo de sangre te obligaste.  
¡Sin Ti, Jesús, nacemos solamente  
para morir; contigo nos morimos  
para nacer y así nos engendraste!

### XXV

### R O D I L L A S

Ezequiel,  
II, 1.

**N**o encorvadas, erguidas tus rodillas,  
a modo de quien marcha, pues tu muerte  
jornada es, no descanso. Y por espuelas  
de la cruz, tu corcel de lid, los clavos,  
la empujas aguijándola en tu vuelo,  
no por ella llevado, pues dominas  
como buen menestral a tu herramienta,

# Miguel de Unamuno

Juan,  
XII, 32.

y a su remolque a todos nos arrastras.  
¡Y con tus corvas, presas del madero,  
Tú, armándole al Demonio zancadilla,  
morder le hiciste el polvo ensangrentado,  
y a cubierto dejaste del enojo  
de tu irritado Padre nuestro error!

## XXVI

### P I E S

Juan,  
X, 1; etc.

Y tus pies de pastor, que en el aprisco  
se entraban por la puerta y que desnudos  
acariciaron con sus cinco dedos  
al suelo humilde — carne sobre tierra  
que con su desnudez santificaste —;  
los que el Jordán ciñera con las linfas  
de su caudal corriente como a presa  
de ancla de eternidad, mientras posaban  
ellos sus plantas sobre los guijarros



## *El Cristo de Velázquez*

Mateo,  
XI, 21.

Lucas, XV,  
4; Mat.,  
XVIII, 12.  
Lucas,  
VII, 38.

del cauce, surco de la madre tierra;  
los que el polvo vistió de los senderos  
— ¡no más sois ya, Cafarnaum hundido,  
Betsaidá y Corazín! —; los que bañados  
de la yerba, tu muelle alfombra verde,  
con el rocío o con la propia sangre,  
entre pedruscos con amor corrían  
tras de la pobre oveja descarriada;  
los que la Magdalena con sus lágrimas  
bañó para enjugar con sus cabellos;  
los que besara con sus ledas ondas  
muriendo en las orillas Tiberiades;  
los que escalaron el Tabor y hacían  
temblar de amor bajo ellos a las rocas,  
garapiñados con la gruesa sangre  
que los clavos sacaron, danle al suelo  
pedregoso a beber — suelo de siembra  
que endeblecíó con su escabroso piso  
tantos llagados pies de caminantes  
que sin rumbo ni tino de la muerte  
querían escapar — la sangre pura  
de los sumisos pies que resignados  
se fueron a la muerte por sendero  
de infamia y duelo sin torcer la huella.

# *Miguel de Unamuno*

¡Baja a la lobreguez de las entrañas  
del negro reino de los que ya fueron,  
donde su sed apaga de la muerte,  
y ese polvo que un día corazones  
fué que latieron con afán pesares  
bebe la linfa de la eternidad!

## XXVII

### SOPORTE - NATURALEZA

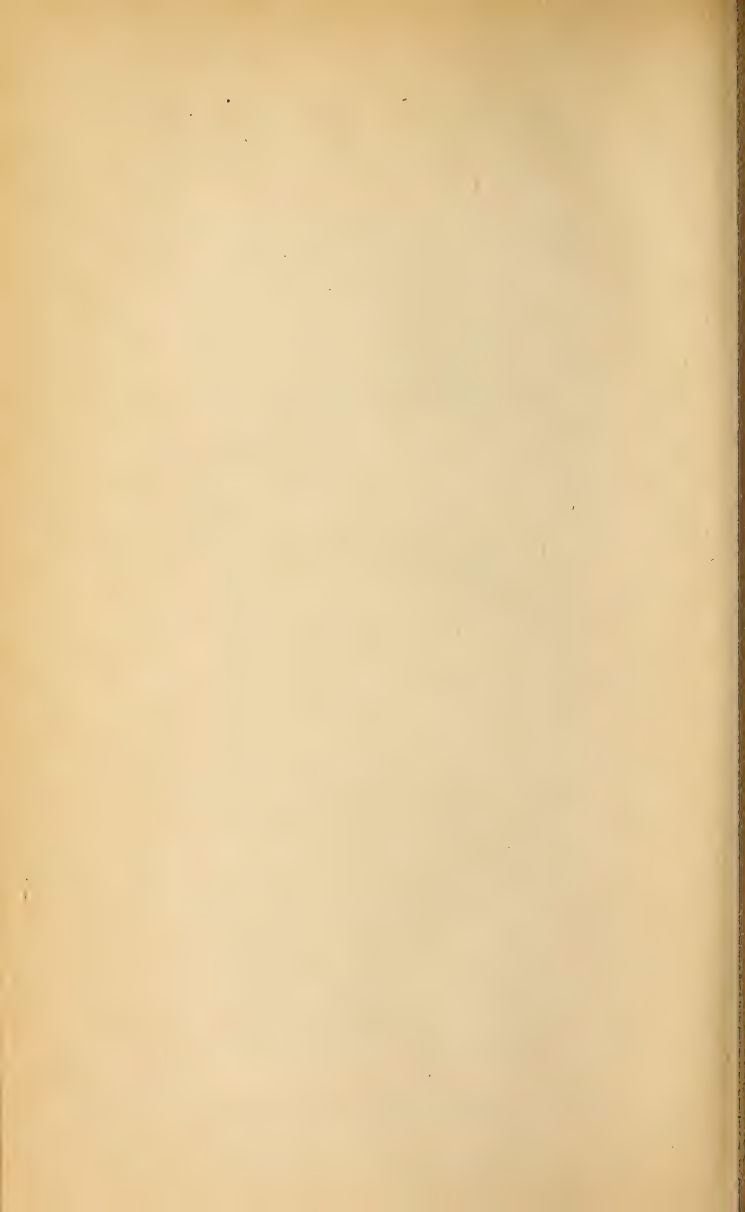
**E**L leño de tu cruz está podado  
de su fronda; bajo él no se columbra  
tierra, cuyo verdor ha ido a fundirse  
con la blancura de tu cuerpo. Plena  
Naturaleza culminó en tu pecho :  
que al humanarte, humanizaste al mundo  
vuelto conciencia en tu dolor. Camino  
para llegar a Ti, que eres el Hombre,  
Naturaleza es sólo; Tú, a la Tierra,

## *El Cristo de Velázquez*

nuestra negra nodriza, con tus manos,  
selladas con tu sangre, la levantas  
como hostia al cielo y a la luz la pones  
del Sol eterno que en blancura anega  
su verdor y en idea la convierte.

Tú sobrenaturalizaste, el Hombre,  
lo que era natural, humanizándolo.  
Selvas, montañas, mares y desiertos,  
confluyen a tu pecho, y en Ti abarcas  
rocas y plantas, bestias, peces y aves.  
Es como un arca de Noé tu cuerpo  
donde se salvan del diluvio lóbrego  
cuantos hijos parió la Madre Tierra  
para darlos al hombre en mayorazgo.  
La santa Tierra, que de carne viva,  
Verbo de Dios desnudo, te vistiera,  
fué por la sangre de esa misma carne  
sacramentada; no hay en ella mota  
de polvo que por Dios no haya pasado.

¡Dios el misterio de la vida humana  
trazó con las estrellas en el manto  
de ébano de la noche, y descifraste  
su secreto con gotas de tu sangre  
sobre la Tierra, en testamento fiel!



CUARTA PARTE





# I

## M U E R T E

Apocalipsis,  
I, 5.



RES Tú de los muertos primogénito,  
Tú el fruto, por la muerte ya maduro,  
del árbol de la vida que no acaba,

del que hemos de comer si es que quisiéremos  
de la segunda muerte vernos libres.

Pues Tú a la muerte que es el fin has hecho  
principio y soberana de la vida,

Apocalipsis,  
VI, 8.

la Muerte blanca envuelta en negro manto  
y en caballo amarillo caballera;

la Muerte, Emperadora de la Historia,  
que segados los hombres nos encilla  
con avaricia de conquistadora.

Hijo el Hombre es de Dios, y Dios del Hombre

# Miguel de Unamuno

Oseas,  
XIII, 14.

hijo; ¡Tú, Cristo, con tu muerte has dado  
finalidad humana al Universo  
y fuiste muerte de la Muerte al fin!

## II

### S A L U D

Salmo XXXIV, 3.

**N**o enfermedad, sino salud tu tránsito  
de esta huidera vida a la de siempre;  
no grietas ni resquicios de una ruina  
tus heridas; no escombros en desplome  
tus miembros que aguantaron el estrago  
del suplicio feroz; no hubo rendija  
de podre en tu recinto, ni hubo quiebras  
en tu entereza, ni tu carne pasto  
de los gusanos fué, ni calavera  
se hizo el cercado del mollar vivero



## *El Cristo de Velázquez*

Juan,  
XIX, 33.

de tu humano pensar, pues fué tu muerte  
salud y sanidad y lozanía;  
fué robustez hasta los mismos tuétanos  
de tus enteros huesos. No tu madre  
nuestra cándida tierra, manadero  
que no se agota de salud pristina,  
nuevo pastor Abel, mas tus hermanos  
te segaron el hilo de la vida;  
no natural tu muerte, sino humana.

Sin tocar suelo has muerto, Caballero  
del eterno perdón, firme jinete  
de tu cruz a la grupa; y tu batalla  
postrera, de agonía, no libraste  
sobre el regazo de tu madre. A tierra  
volviste sano, cual surgiste de ella,  
y entero, sin romperla ni mancharla;  
virgen la hizo tu muerte y la hizo madre.

Y estás muriendo sin cesar; tu muerte,  
perenne sacrificio, nos es vida  
perenne; sin cesar por Ti morimos,  
resucitando sin cesar. Remedio  
para la enfermedad de nuestra vida  
la salud de tu muerte. ¡Tú y tu Madre  
juntos juntasteis los dispersos miembros

# Miguel de Unamuno

del no parido Adán; juntos juntasteis  
la nueva Humanidad, la que, ave fénix,  
sobre el nido de llamas de tu pecho  
incendiado de amor, se reconquista  
y se levanta hasta tocar a Dios!

## III

### P A L A B R A

No ella a Ti, sino tienes a la muerte  
brezándola en tus brazos. Le entregaste,  
como cebo, tu carne, y a tu astucia  
rendida, fué tu presa. Te pusiste  
a la puerta del reino de la Muerte,  
y al tocar tu cadáver, Eliseo,  
vuelven a vida los que ya vivieron :  
que es de final resurrección la cuna  
tu leño, antaño de la Muerte féretro.  
Tú con tu muerte afirmas nuestra vida;

II Reyes,  
XIII, 21.

# *El Cristo de Velázquez*

Juan, I, 14.

tu silencio es un sí que llena el cielo;  
Tú eres siempre el mismo, inalterable,  
porque los otros todos en Ti encierras,  
Tú, el Hombre, idea viva. La Palabra  
que se hizo carne, Tú; que la sustancia  
del hombre es la palabra, y nuestro triunfo  
hacer palabra nuestra carne, haciéndonos  
ángeles del Señor. Verbo ya carne  
moraste, Jesús nuestro, con nosotros  
para hacer nuestras carnes pecadoras  
verbos que el cielo para siempre habiten,  
y tu muerte en el leño fué la prenda  
de la resurrección de nuestros cuerpos.

## IV

### RECAPITULACIÓN

I Corintios,  
XV, 26-28.

**C**UANDO todas las cosas soyugadas  
bajo tus pies ensangrentados sean

# Miguel de Unamuno

Efesios,  
II, 16.

por tu Padre y escaño de tu gloria  
la creación entera al pie del Hombre,  
Tú mismo al punto rendirás tu cuerpo,  
mansión de la Palabra, y sometido  
bajo el poder de Dios, será ya todo  
por siempre en todos Él. ¡Y Tú, cabeza  
del mar sin lindes de cuanto se alcanza,  
del ser hecho Visión final Caudillo,  
por Ti humanado el Universo entero  
y el Hombre mira de la Creación!

## V

## V E R D A D

Juan,  
XVII, 38.

**E**RES Tú la Verdad que con su muerte,  
resurrección al fin, nos vivifica.  
«¿Qué es la verdad?», lavándose las manos  
Pilatos preguntaba al entregarte,  
siendo Tú la verdad, cuando tu sangre

# *El Cristo de Velázquez*

nos lava del error del nacimiento.  
Eres Tú la verdad, la que consuela  
de la muerte; el raudal del agua pura  
que nos quita la sed, no del océano  
la que la vista llena. Sólo embuste  
y error no más Naturaleza; engaño  
del sentido, mentira lo que vemos;  
una añagaza urdida por la Muerte,  
que muerta de hambre sin cesar nos ronda  
para tragarnos. ¡Curas el hastío  
que nos meten al tuétano del ánimo  
los halagos del mundo lagotero  
que nos envuelve en sempiterno error!

## VI

### REINO DE DIOS

**C**AUDILLO de la patria sin linderos  
de la infinita Humanidad, nos llevas,

# Miguel de Unamuno

mesnada de cruzados, a la toma  
de la Jerusalén celeste, encierro  
de la gastada ley y señorío  
del porvenir eterno; asiento el único  
de libertad — de que eres el dechado —,  
ciudad de Dios, lugar final del Hombre;  
cristianado Universo que a tu gracia  
se ha forjado en el hombre, el hombre mismo.  
«¡No es — dijiste — mi reino de este mundo!»;  
tu reino es de la historia la creciente,  
no progresiva, eternidad; ¡tu reino  
la Humanidad sin lindes, y sin hitos,  
conquista del Espíritu en sazón!

## VII

### ANSIA DE AMOR

DANOS, Señor, acucia tormentosa  
de quererte; un anhelo entre combates

## *El Cristo de Velázquez*

Juan, XX,  
17; Lucas,  
XXIV, 39.

del Enemigo, que jamás se rinde  
de cercarnos. Suele confiado el hombre  
dormirse en el amor, pero en el ansia  
de amar no cabe sueño. Que a tu bulto  
no logremos tocar ni en puro anhelo;  
que como en este del pincel prodigio  
— relieve inmaterial y milagroso —,  
de nuestro abrazo corporal te esquives  
aquí en el mundo ruin. Nuestro cariño  
quede en agraz en el viñedo mustio  
de aqueste pedregal, que al cielo abierto  
del Sol desnudo de la gloria eterna  
madurará sin fin. Sé pan que el hambre  
nos azuce; sé vino que enardezca  
la sed de nuestra boca. Mientras dure  
nuestra vida en la tierra, sea el ansia  
de amarte nuestra vida : que se duerme  
sobre el amor logrado, y es el sueño  
nò vida, sino muerte. No se cumple  
la Humanidad en este triste valle  
de sueño y amargor. De nuestras almas,  
pobres orugas, saca mariposas  
que de tus ojos a la lumbre ardiendo  
renazcan incesantes. Hoy bregamos

# Miguel de Unamuno

por más alto bregar.

Canta la Esposa,  
la Iglesia, tu pasión, y su esperanza  
con cantos amamanta, y a tu imagen  
envuelve nimbo de armonía dulce.

¡Conchas marinas de los siglos muertos,  
repercutan los claustros las salmodias,  
que, olas murientes en la eterna playa,  
desde el des-cielo de la tierra alzarón  
almas del mundo trémulas, pidiéndote  
por el amor de Dios descanso en paz!

## VIII

### SADUCEÍSMO

*.....¡y la vida perdurable, amèn!*

**D**OBLA tu frente, triste saduceo,  
contempla el polvo, que es tu fuente; y mira



# *El Cristo de Velázquez*

que con la torre de Babel el cielo  
no has de romper, y que la vida toda  
no es sino embuste si no hay otra allende.  
¿Qué es el progreso que empezó aquel día,  
de rojo ocaso, en que la espada ardiente  
del ángel del Señor brilló a la puerta  
del paraíso? Di, ¿qué es el progreso  
si, hojas que secas Aquilón arrastra,  
van nuestras almas a abonar la tierra  
donde aguardando la segur el árbol  
de la vida sombrea a nuestra muerte?  
¿A qué saber, si la conciencia al borde  
de la nada matriz no espera nada  
más que saber? Di, ¿dónde están las olas  
que gimiendo en la playa se sumieron?  
¿Y aquellas otras que al confín hinchándose  
con sus espumas anegar querían  
a las estrellas? Di, ¿qué es lo que dura?  
Sé que preguntas, saduceo triste,  
con risa amarga, qué mujer tendremos  
después de muertos. Dime, mas de vivos  
¿qué vida es ésta si esperamos sólo  
a lo que sea cuando no seamos?  
Quiebra tu envidia, triste saduceo;

Eclesiastés,  
H, 15-16.

Marcos, XII,  
18-27.

# Miguel de Unamuno

deja que la esperanza nos aduerma,  
y en nuestros labios al postrer suspiro  
muera del Credo la postrera ráfaga.

¡Y Tú, Cristo que sueñas, sueño mío,  
deja que mi alma, dormida en tus brazos,  
venza la vida soñándose Tú!

## ORACIÓN FINAL

**T**ú que callas, ¡oh Cristo!, para oírnos,  
oye de nuestros pechos los sollozos;  
acoge nuestras quejas, los gemidos  
de este valle de lágrimas. Clamamos  
a Ti, Cristo Jesús, desde la sima  
de nuestro abismo de miseria humana,  
y Tú, de humanidad la blanca cumbre,  
danos las aguas de tus nieves. Águila  
blanca que abarcas al volar el cielo,  
te pedimos tu sangre; a Ti, la viña,  
el vino que consuela al embriagarnos;

Salmo  
CXXIX, 1.

## *El Cristo de Velázquez*

a Ti, Luna de Dios, la dulce lumbre  
que en la noche nos dice que el Sol vive  
y nos espera; a Ti, columna fuerte,  
sostén en que posar; a Ti, Hostia Santa,  
te pedimos el pan de nuestro viaje  
por Dios, como limosna; te pedimos  
a Ti, Cordero del Señor que lavas  
los pecados del mundo, el vellocino  
del oro de tu sangre; te pedimos  
a Ti, la rosa del zarzal bravío,  
la luz que no se gasta, la que enseña  
cómo Dios es quien es; a Ti, que el ánfora  
del divino licor, que el néctar pongas  
de eternidad en nuestros corazones.  
Te pedimos, Señor, que nuestras vidas  
tejas de Dios en la celeste túnica,  
sobre el telar de vida eterna. Déjanos  
nuestra sudada fe, que es frágil nido  
de aladas esperanzas que gorjean  
cantos de vida eterna, entre tus brazos,  
las alas del Espíritu que flota  
sobre el haz de las aguas tenebrosas,  
guarecer a la sombra de tu frente.

Ven y ve, mi Señor: mi seno hiede;

Juan,  
XI, 39, 3, 25.

# Miguel de Unamuno

I Corintios,  
XIII, 2.

Éxodo  
XXXIII, 11;  
Números,  
XII, 8.

Lucas,  
XXIII, 40.

ve cómo yo, a quien quieres, adolezco;  
Tú eres resurrección y luego vida :  
¡llámame a Ti, tu amigo, como a Lázaro!  
Llévanos Tú, el espejo, a que veamos  
frente a frente tu Sol y a conocerle  
tal como Él por su parte nos conoce;  
con nuestros ojos-tierra a ver su lumbre  
y cual un compañero cara a cara  
como a Moisés nos hable, y boca a boca.  
¡Tráenos el reino de tu Padre, Cristo,  
que es el reino de Dios reino del Hombre!  
Danos vida, Jesús, que es llamarada  
que calienta y alumbrá y que al pábulo  
en vasija encerrado se sujeta;  
vida que es llama, que en el tiempo vive  
y en ondas, como el río, se sucede.

Los hombres con justicia nos morimos;  
mas Tú sin merecerlo te moriste  
de puro amor, Cordero sin mancilla,  
y estando ya en tu reino, de nosotros  
acuérdate. Que no como en los aires  
el humo de la leña, nos perdamos  
sin asiento, de paso; ¡mas recógenos  
y con tus manos lleva nuestras almas

## *El Cristo de Velázquez*

al silo de tu Padre, y allí aguarden  
el día en que haga pan del Universo,  
yeldado por tu cuerpo, y alimento  
con él sus últimas eternidades!  
Avanzamos, Señor, menesterosos,  
las almas en guñapos harapientos,  
cual bálago en las eras — remolino  
cuando sopla sobre él la ventolera —,  
apiñados por tromba tempestuosa  
de arrecidas negruras; ¡haz que brille  
tu blancura, jalbegue de la bóveda  
de la infinita casa de tu Padre  
— hogar de eternidad —, sobre el sendero  
de nuestra marcha y esperanza sólida  
sobre nosotros mientras haya Dios!  
De pie y con los brazos bien abiertos  
y extendida la diestra a no secarse,  
haznos cruzar la vida pedregosa  
— repecho de Calvario — sostenidos  
del deber por los clavos, y muramos  
de pie, cual Tú, y abiertos bien de brazos,  
y como Tú, subamos a la gloria  
de pie, para que Dios de pie nos hable  
y con los brazos extendidos. ¡Dame,

Ezequiel, I, 2

Lucas, VI, 10

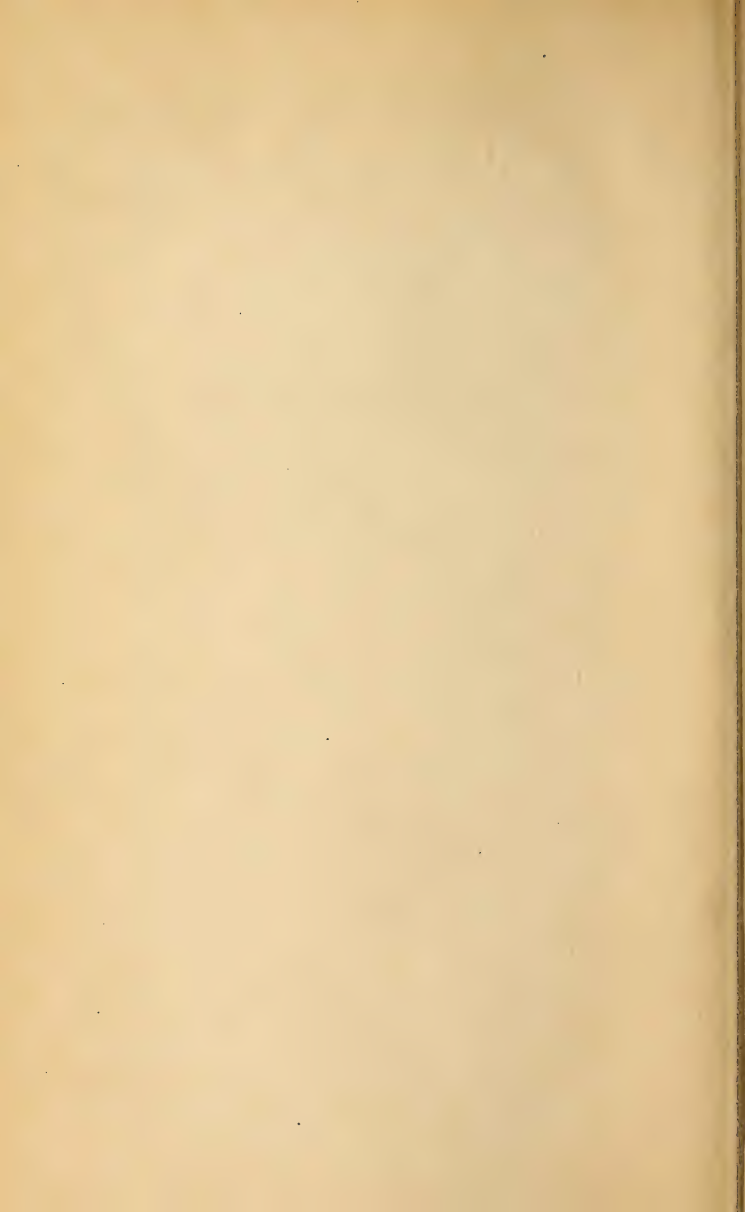
# *Miguel de Unamuno*

Salmo XII, 4

Señor, que cuando al fin vaya perdido  
a salir de esta noche tenebrosa  
en que soñando el corazón se acorcha,  
me entre en el claro día que no acaba,  
fijos mis ojos de tu blanco cuerpo,  
Hijo del Hombre, Humanidad completa,  
en la increada luz que nunca muere;  
mis ojos fijos en tus ojos, Cristo,  
mi mirada anegada en Ti, Señor!

FIN

INDICE







## PRIMERA PARTE

<u>Capítulo</u>	<u>Página</u>
I. ....	11
II. ....	12
III. ....	13
IV. ....	15
V. — LUNA .....	18
VI. — ECCE HOMO .....	19
VII. — DIOS-TINIEBLAS. ....	21
VIII. ....	24
IX. — SANGRE.. ....	26
X. — LA VIDA ES SUEÑO. ....	29
XI. — PAZ EN LA GUERRA. ....	31
XII. — ALBA. ....	32
XIII. — ROSA. ....	33
XIV. — ARROYO-FUENTE. ....	36
XV. — NUBE-MÚSICA .....	37
XVI. — CORDERO. ....	39
XVII. — HOSTIA. ....	41
XVIII. — VINO. ....	42
XIX. — LINO. ....	44
XX. — ÁGUILA. ....	45
XXI. — NUBE NEGRA. ....	47
XXII. — LEÓN. ....	48

# *Í n d i c e*

<u>Capítulo</u>	<u>Página</u>
XXIII. — TORO.. . . . .	49
XXIV. — QUERUBÍN-LIBRO. . . . .	50
XXV. — PUERTA.. . . . .	52
XXVI. — LIRIO.. . . . .	54
XXVII. — ESPADA.. . . . .	55
XXVIII. — ÁNFORA. . . . .	57
XXIX. — PALOMA. . . . .	58
XXX. — LECHE. . . . .	59
XXXI. — ÁRBOL . . . . .	60
XXXII. — EUCARISTÍA.. . . . .	62
XXXIII. — BARCO.. . . . .	63
XXXIV. — ENJULLO. . . . .	64
XXXV. — ESCALA.. . . . .	65
XXXVI. — SERPIENTE. . . . .	66
XXXVII. — LOS CLAVOS. — EL ARTE. . . . .	68
XXXVIII. — CIERVO.. . . . .	70
XXXIX. — SILENCIO. . . . .	71

## SEGUNDA PARTE

<u>Capítulo</u>	<u>Página</u>
I. — SOLEDAD . . . . .	75
II. . . . .	76
III. — EL MAR. . . . .	78
IV. — FUEGO . . . . .	79
V. . . . .	81
VI. — ALMA Y CUERPO. . . . .	82
VII . . . . .	84

# *Í n d i c e*

<u>Capítulo</u>	<u>Página</u>
VIII. — MIGUEL . . . . .	86
IX. . . . .	88
X. — TORMENTA. . . . .	90
XI. — DESNUDEZ. . . . .	92
XII. — BALANZA. . . . .	95
XIII. — REY. . . . .	96
XIV. — DEL SINAI AL CALVARIO.. . . .	98

## TERCERA PARTE

<u>Capítulo</u>	<u>Página</u>
I. — EL RÓTULO . . . . .	103
II. — CORONA. . . . .	105
III. — CABEZA. . . . .	107
IV. — MELENA . . . . .	108
V. — FRENTE . . . . .	112
VI. — ROSTRO. . . . .	113
VII. — OJOS: . . . . .	115
VIII. — OREJAS . . . . .	117
IX. — NARIZ . . . . .	118
X. — MEJILLAS. . . . .	120
XI. — OBEDIENCIA . . . . .	121
XII. — CUERPO. . . . .	124
XIII. — PECHO.. . . .	125
XIV. — AIRE.. . . .	127
XV. — OSAMENTA. . . . .	128
XVI. — BRAZOS . . . . .	130
XVII. . . . .	131

# *Í n d i c e*

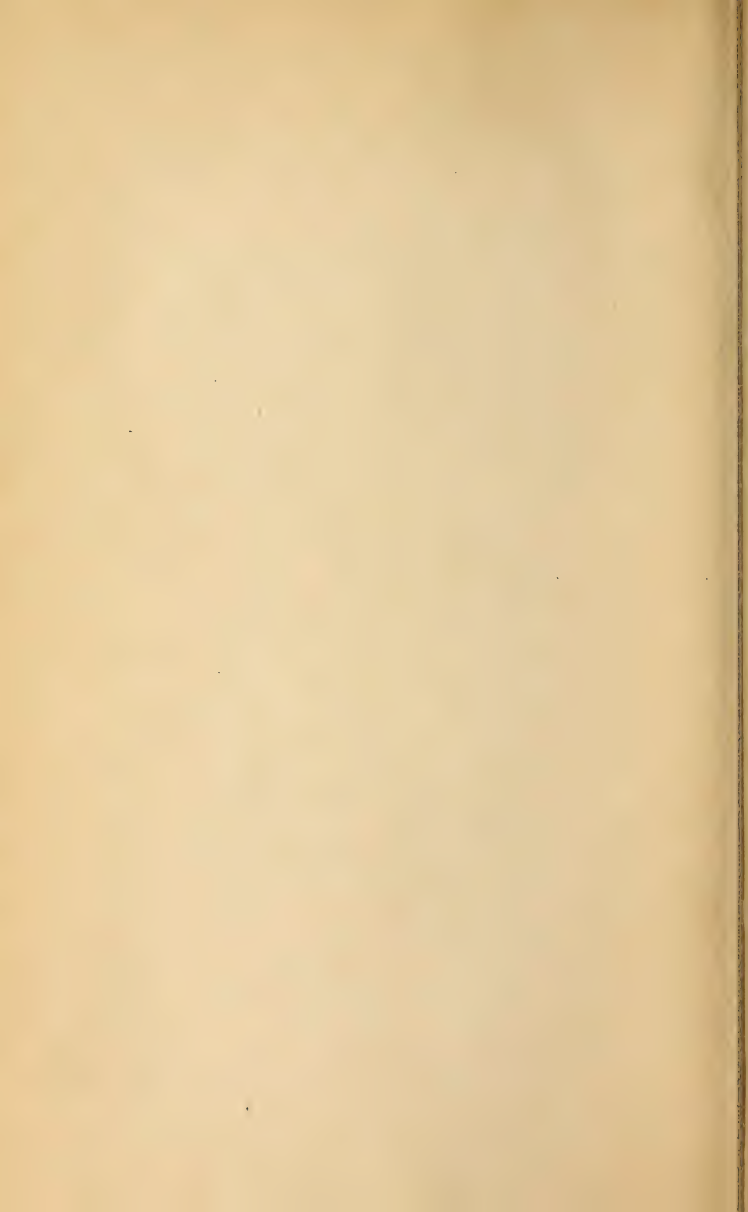
<u>Capítulo</u>	<u>Página</u>
XVIII. — TIERRA. . . . .	132
XIX. — HOMBROS . . . . .	133
XX. — MANOS. . . . .	134
XXI. — DEDO ÍNDICE DE LA DIESTRA. . . . .	135
XXII. — LA LLAGA DEL COSTADO.. . . . .	137
XXIII. — VIENTRE. . . . .	138
XXIV. — VERIJA.. . . . .	140
XXV. — RODILLAS. . . . .	141
XXVI. — PIES.. . . . .	142
XXVII. — SOPORTE-NATURALEZA . . . . .	144

## CUARTA PARTE

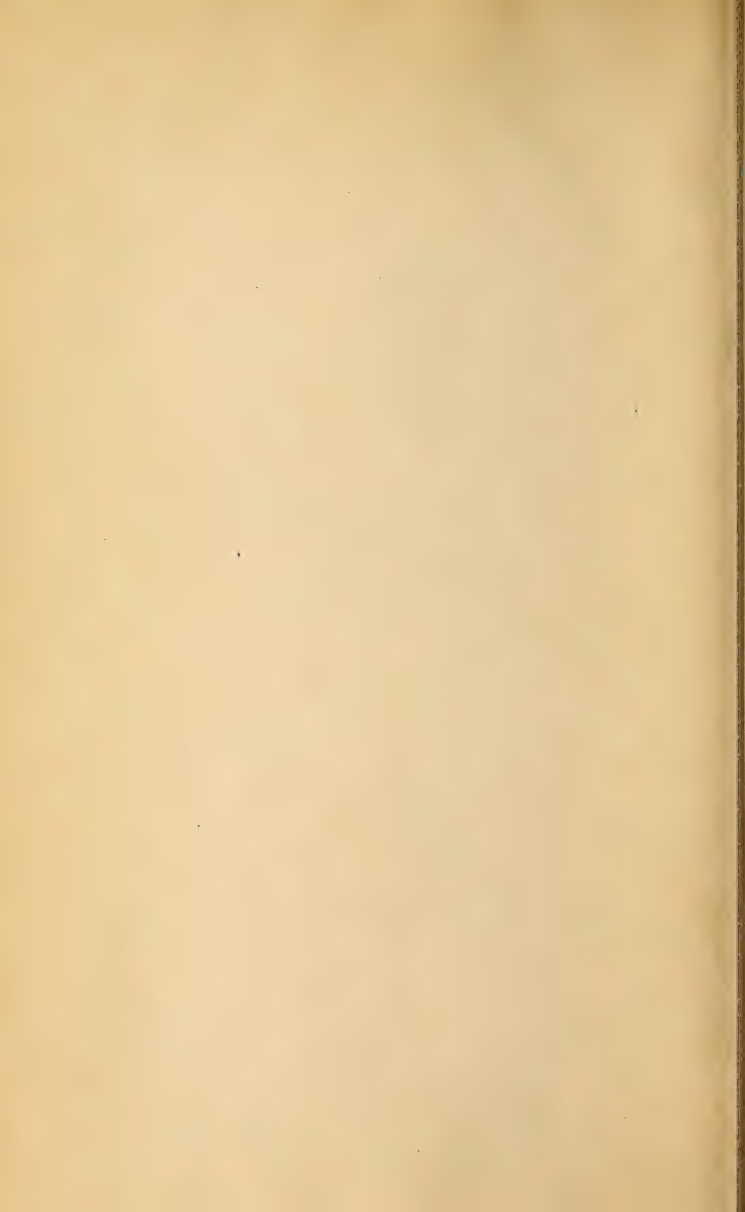
<u>Capítulo</u>	<u>Página</u>
I. — MUERTE. . . . .	149
II. — SALUD. . . . .	150
III. — PALABRA. . . . .	152
IV. — RECAPITULACIÓN . . . . .	153
V. — VERDAD. . . . .	154
VI. — REINO DE DIOS . . . . .	155
VII. — ANSIA DE AMOR . . . . .	156
VIII. — SADUCEÍSMO . . . . .	158
ORACIÓN FINAL. . . . .	160

---



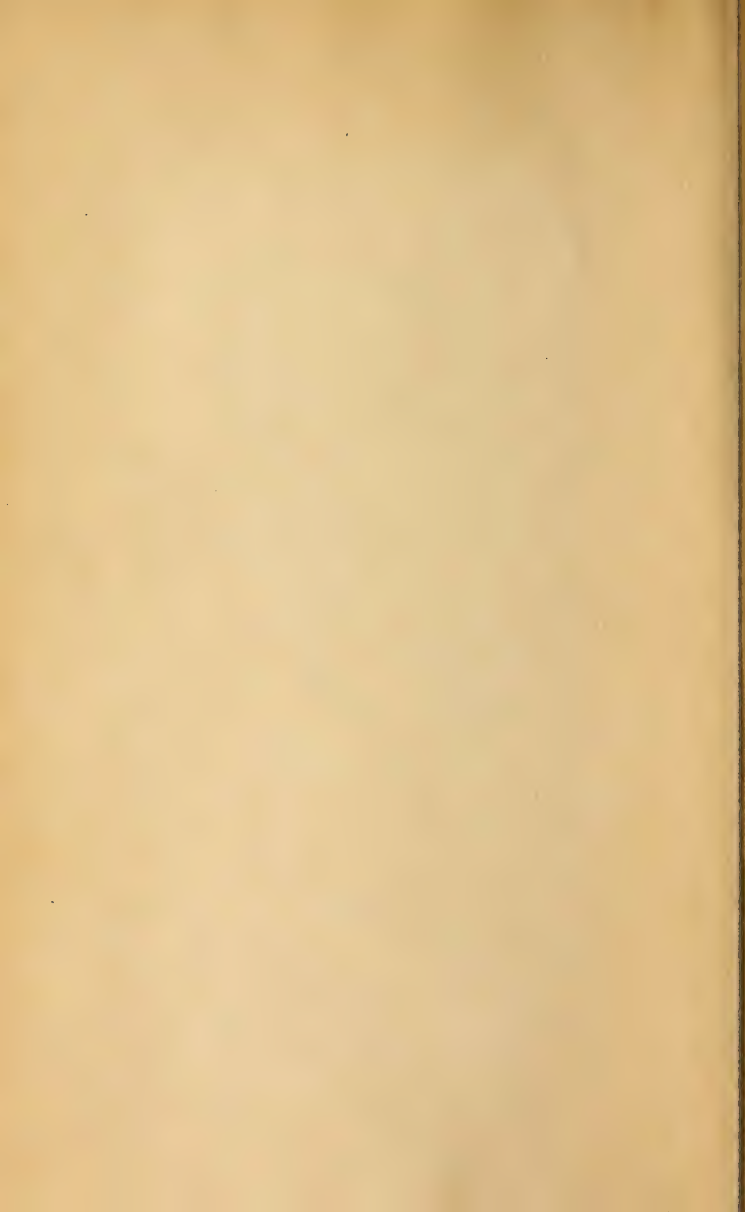


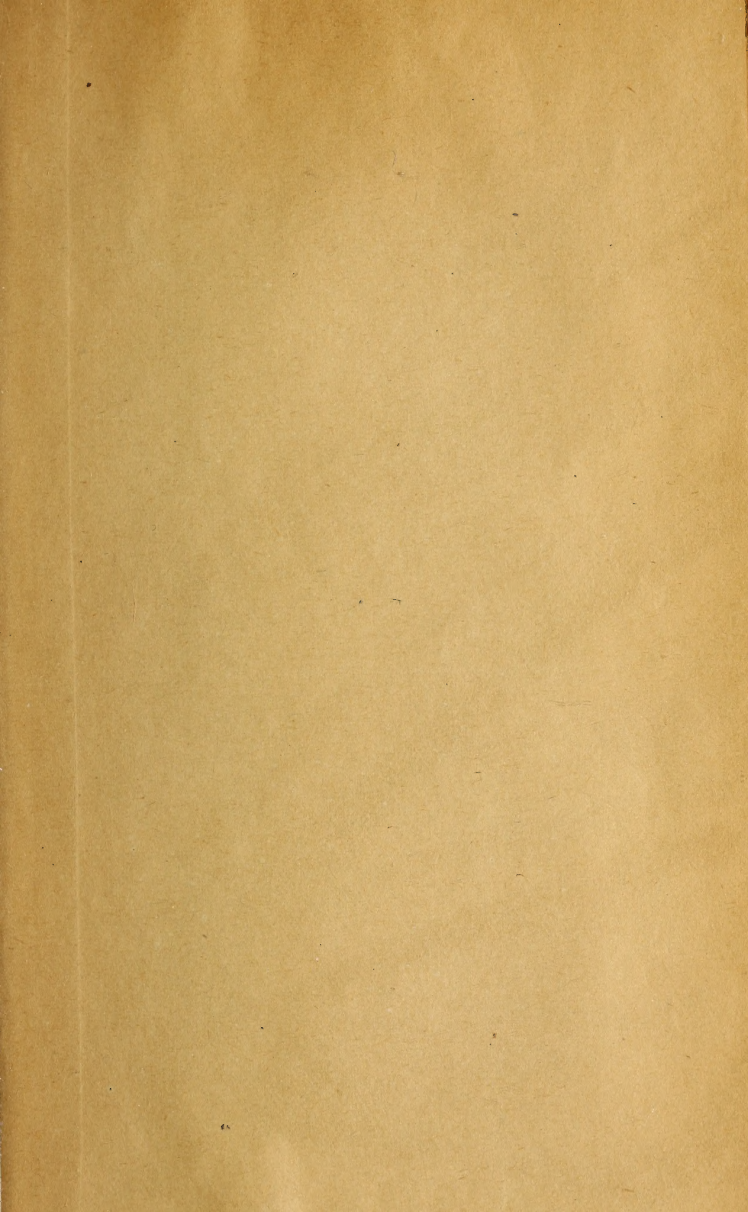
ESTE LIBRO ACABÓSE DE IMPRIMIR,  
POR LA TIPOGRÁFICA EUROPA,  
PIZARRO, 16, MADRID, A 8 DE  
OCTUBRE DE 1920













212948

LS.  
U542cr

Author Unamuno, Miguel de

Title El Cristo de Velazquez.

University of Toronto  
Library

DO NOT  
REMOVE  
THE  
CARD  
FROM  
THIS  
POCKET

Acme Library Card Pocket  
Under Pat. "Ref. Index File"  
Made by LIBRARY BUREAU

